

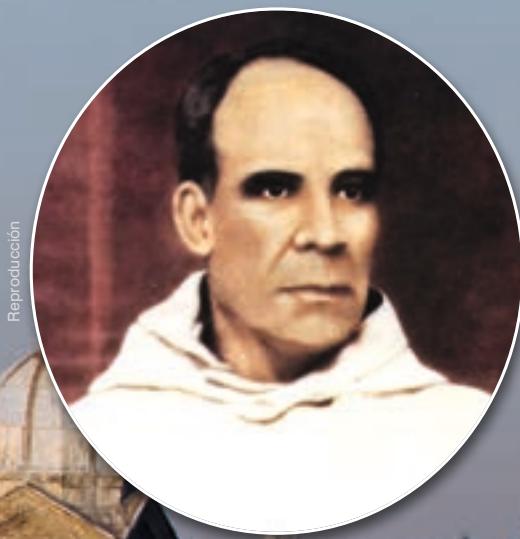


HERALDOS DEL EVANGELIO

Número 212
Marzo 2021

*No todos
quieren ser
salvados*





¡No permitas el ultraje de los demonios!

Al entrar en la calle recta que descubre la cúpula del Vaticano vi tranquilo, sentado sobre ella, otro ángel. Tenía en el brazo izquierdo un rollo de cadena muy larga; el anillo de un extremo estaba en el dedo de la mano derecha y el del otro cabo estaba en el Cielo en el dedo de Dios; y tenía en sus manos dos llaves de oro...

Sorprendido de verle en tanta paz, le dije:

—Centinela, ¿qué haces aquí?

—Yo soy el ángel que guarda frente los demonios el trono del sumo pontificado: de mí habla el capítulo 20 del Apocalipsis.

—¿Qué son esas cadenas? Y ¿qué esas llaves?

—Su destino es ligar y encadenar al Dragón y a sus príncipes tenebrosos para que no hagan más de lo que conviene a los designios de Dios sobre su Iglesia.

— ¿Cómo tienes arrolladas tus cadenas? ¿Por qué no las despliegas y ligas los demonios? ¿Acaso no ves que el Príncipe de las tinieblas, libre y des-

encadenado, circuye Roma? ¿No oyes que pide se sea entregada esta ciudad, que posee ya todas las capitales del mundo y ahora dice que le falta entronizarse en Roma...? ¿No oyes...?

—Sí. Veo lo que tú ves y oigo lo que tú oyes...

—¿Nos quieres abandonar en poder de los demonios y de los gobiernos políticos que han seducido? Levántate, extiende tus cadenas, liga y encarcela al Dragón. ¿Qué esperas...? [...]

Así luché un largo rato con este ángel; y levantándome en pie, lleno de majestad y gloria, me dijo:

—¡Misionero!, ¿qué pides?

—O borra de mi frente el nombre de Dios, que he invocado, y con el nombre de Dios borra de mi alma el carácter de sacerdote, o bien no permitas más que la autoridad de Dios en los presbiteros sea ultrajada por los demonios.

BEATO FRANCISCO PALAU Y QUER

Comunicado a Pío IX, 18/12/1866

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XIX, número 212, Marzo 2021

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

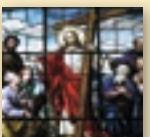
Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

<i>Escriben los lectores</i>	4		<i>Santa Catalina de Bolonia – «Su gloria se verá sobre ti»</i>	30
<i>La Iglesia de Cristo y la «iglesia» de Barrabás (Editorial)</i>	5		<i>iMuerte al Nazareno!</i>	34
	6		<i>La voz de los Papas – La verdadera fraternidad</i>	36
	8		<i>Comentario al Evangelio – La misericordia de Dios se manifiesta hasta en el castigo!</i>	40
	14		<i>La espada del espíritu y el escudo de la fe</i>	44
	16		<i>Ardiente devoto de la Pasión del Señor</i>	48
	19		<i>¿Cómo escalar la montaña más gloriosa?</i>	50
	22		<i>Garantía del triunfo de la Santa Iglesia</i>	54
	26		<i>Cólera y misericordia</i>	58



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

LENGUAJE CASTIZO E IMPPECABLE

Debo decirles que aguardo con gran interés su revista. Bella en su contenido e ilustraciones, con un lenguaje castizo e impecable, impensable en los días actuales.

De la edición de diciembre de 2020 me llamó la atención el artículo de la sección *La voz de los Papas*, titulado *¡Sin pecado concebida!* Amo la inmaculada concepción de María: «*Que soy era Immaculada Councepcion*», le dijo la Virgen a la inocente Bernadette, en el dialecto de los Pirineos. ¡Qué maravilla!

Igualmente me conmovió *Nostalgias de la Navidad*, un artículo del Dr. Plinio. Me remitió a las navidades de antaño, sencillas, llenas de devoción, cuando, después de la Misa, se celebraba la cena. ¡Cuántos sueños y esperanzas! La gente iba a Misa con ropa de fiesta, el cabello peinado con elegancia y buen gusto. ¿Dónde se perdió ese pasado?

Ivone kebbe
San Carlos – Brasil

OJALÁ ESTUVIERAN LOS HERALDOS EN AMBATO

Muy agradecida por su revista; es para mí un tesoro. ¡Gracias por enviármela! Sus palabras son fuente de sabiduría; no me canso de leerla. Ojalá que los Caballeros de la Virgen, Heraldos del Evangelio, estuvieran en Ambato, Ecuador. ¡Bendiciones!

Paulina de la Torre
Vía revistacatólica.org

PROLIFERACIÓN Y ESTÉTICA QUE ELEVAN

Al mismo tiempo que les saludo, les envío mi comentario sobre la revista, una publicación verdaderamente maravillosa. Su contenido es de mucho interés y de actualidad, pero so-

bre todo plenamente católico. ¡Una verdadera catequesis acerca de los tesoros de nuestra fe, de nuestra Iglesia!

Destaco también la prolifération y estética con que cada texto es presentado, pues no sólo invita a leer, sino también a elevar el alma a las cosas propias del Cielo. No me queda sino agradecerles esta maravillosa iniciativa, orientada a cuidar de la formación de los fieles, tantas veces olvidada.

Que Nuestra Señora bendiga ese apostolado, para que llegue a los confines de la tierra, para mayor gloria de Dios.

Olga Guzmán
Cochabamba – Bolivia

CRECE MI FE Y SON ALIMENTO PARA MI ALMA

Estoy muy impresionada con esta revista. Me encanta leer todos los artículos de cada número, sus noticias y breves historias, porque voy aprendiendo más sobre la Iglesia, crece mi fe y son alimento para mi alma. Admiro los escritos de los jóvenes heraldos; y las ilustraciones son muy inspiradoras. Rezo para que la Santísima Virgen siga bendiciendo a todos los que trabajan para hacer de la revista una realidad todos los meses.

Maria Dulce Miras
Toronto – Canadá

ESTÁ LLEGANDO LA HORA DEL ESPÍRITU SANTO

En el mundo de hoy día, con tanto relativismo y alejamiento de Dios, nos encontramos, en la revista del pasado mes de noviembre, con el importante mensaje de Nuestra Señora durante su aparición a Santa Catalina Labouré, titulado *Una puerta del Cielo se abrió para el mundo*. ¡Cuánto bien haría a la humanidad que todos tuvieran acceso a los mensajes de la Santísima Virgen! Tenemos la gran misión del apostolado y la difusión de las gracias de la Medalla Milagro-

sa, revelados desde hace mucho tiempo por Ella, pero que la humanidad no los escucha. Está llegando la hora de una gran acción del Espíritu Santo para que venga lo más rápido posible un Reino donde todos puedan vivir bajo las gracias de la Santísima Virgen y su Hijo, Jesucristo.

Juan y Denise Doro
Jundiaí – Brasil

«EL MOMENTO MÁS PRECIOSO DEL DÍA»

En la sagrada comunión advertimos la dulce y misteriosa presencia de nuestra Madre; binomio inseparable, Jesús y María, ya que Ella es mujer eucarística. Por lo tanto, como esclavos de María, nuestra acción de gracias más perfecta es a través de Ella, tal como queda reflejado en la oración final del artículo *El momento más precioso del día* —de la edición del pasado mes de febrero—, donde se vislumbra el alma eucarística de un verdadero santo. Gracias por ayudarnos a amar más a Jesús en la Eucaristía.

María Ascensión Simón Paricio
Vía revistacatólica.org

PARA QUE VENZAMOS LA LUCHA DIARIA CONTRA EL MAL

La sección *La voz de los Papas* siempre me aporta un conocimiento de la visión de los Papas a lo largo de la Historia. Pero desearía felicitarles específicamente por el artículo de la edición de octubre del año pasado, *La oración del Santo Rosario*, acerca de la confianza del Santo Padre en la intercesión de la Virgen, rezando el Rosario para que los cristianos ganaran la batalla de Lepanto. Una fuerte inspiración para vencer la lucha diaria contra el mal, que insiste en hacer que perdamos la salvación. Gracias por el apostolado realizado mensualmente a través de su revista.

Alexandre Antonio Ferreira
Mogi das Cruzes – Brasil

LA IGLESIA DE CRISTO Y LA «IGLESIA» DE BARRABÁS

La misión de Jesús fue una gran reconquista y por eso, en sus célebres *Ejercicios Espirituales*, San Ignacio de Loyola lo presenta haciendo un llamamiento a todos para que se alisten bajo su bandera.

Antes de escalar el Calvario, este jefe supremo fue tras «las ovejas descarriadas de Israel» (Mt 15, 24), exorcizó al mundo que yacía «en poder del Maligno» (1 Jn 5, 19) y, finalmente, se entregó a sí mismo para rescatarnos del dominio del Infierno (cf. Col 1, 13; 1 Tim 2, 6). Pero Cristo también quiere nuestra colaboración para vencer al caudillo de las tinieblas y ese fue el objetivo por el que instituyó la Iglesia, militante en esta tierra de exilio.

De niño, el Señor había sido llamado «signo de contradicción» (Lc 2, 34). Vino al mundo para dar testimonio de la verdad y todo el que es de la verdad escucha su voz (cf. Jn 18, 37), conforme al testimonio que el propio Redentor dio ante Poncio Pilato. Sin embargo, «los suyos no lo recibieron» (Jn 1, 11).

A lo largo del infame juicio, el mayor embuste jurídico de la Historia, el pretor romano, siguiendo los consejos de los sumos sacerdotes, escenificó una seudo redención de Cristo al ofrecer a Barrabás en rescate suyo. Asesino y ladrón, este insidente era, en realidad, una especie de anticristo hasta por su nombre: Bar Abbâ —en arameo—, que significa «hijo del padre».

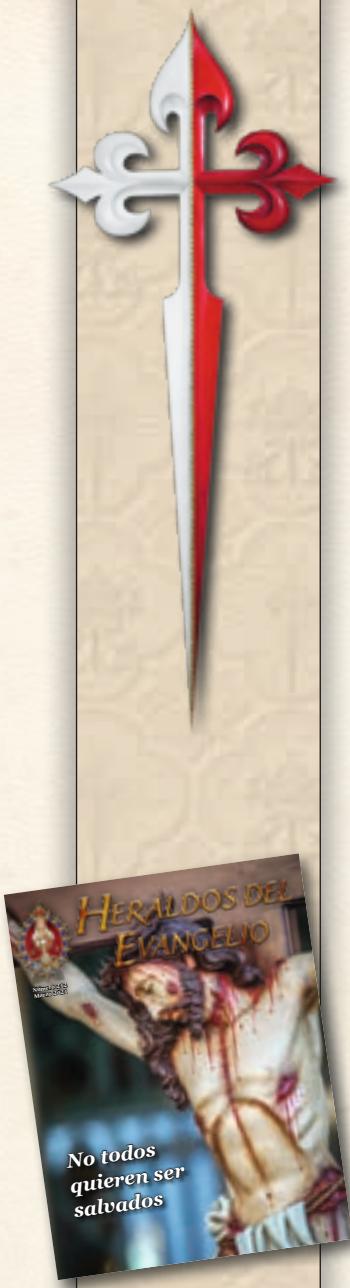
Una numerosa muchedumbre se hallaba reunida en aquel momento en torno a la tribuna. De entre los que gritaban por la puesta en libertad del delincuente se encontraban, tristemente, algunos de los curados por Jesús de su sordomudez. Otros, recuperados de su parálisis, deprecaban para su bienhechor el peor de los suplicios: «¡Crucifícalo!». No faltaban los indiferentes, que personificaban a los pusilánimes pronosticados por el divino Maestro: «El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama» (Mt 12, 30).

Durante aquel motín anticristiano se fundó una especie de anti-Iglesia, en la cual el bien es rechazado y el crimen aprobado, el Inocente es condenado y el malvado canonizado por letanías de aclamaciones: ¡Barrabás! ¡Barrabás!...

En ese remedio de Iglesia, las reglas jurídicas son rotas en pro de la «misericordia» —«pobre» Barrabás...— y la autoridad, desprovista de cualquier santidad, es ungida por el «pecado mayor» (Jn 19, 11). Se invoca la sangre de Cristo no como reparación por las iniquidades, sino como trágica maldición: «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» (Mt 27, 25).

Jesús fue crucificado entre dos ladrones. Como Buen Pastor, le ofreció la salvación a ambos: uno la aceptó; el otro, impenitente, la rechazó. Y para mostrar qué es lo que ocurrirá cuando los hombres pretendan expulsar a Cristo de la faz de la tierra, recuérdense los acontecimientos que se siguieron a la muerte del Salvador: el velo del Templo se rasgó, las rocas se resquebrajaron, terremotos se propagaron por el mundo y la oscuridad lo envolvió por completo.

Si sucesos telúricos como estos fueran permitidos de nuevo por la Providencia, que ante ellos podamos no solamente dar testimonio del «Hijo de Dios» (Mt 27, 54), como hizo el centurión del Evangelio, sino también desenmascarar a la falsa iglesia que quiere crucificar otra vez a Cristo. ¡Sus puertas infernales jamás prevalecerán! ✡



Cristo crucificado -
Casa Lumen
Prophetæ, Caieiras
(Brasil)

Foto: Leandro Souza



La verdadera fraternidad

La caridad jamás podrá redundar en daño para la fe. Así, la auténtica unión entre los hombres sólo puede existir en la única Iglesia de Cristo, que la fundó para la salvación de todos.

Quizá en el pasado no haya sucedido nunca que el corazón de los hombres fuera tomado como en la actualidad por un deseo tan vivo de fortalecer y extender al bien común de la sociedad humana las relaciones de fraternidad que nos unen, en virtud de nuestro mismo origen y naturaleza.

De hecho, las naciones aún no gozan plenamente de los dones de la paz; antes bien, en varios lugares discordias viejas y nuevas provocan el estallido de sediciones y guerras civiles; además, tampoco se pueden dirimir las numerosísimas controversias que afectan a la tranquilidad y la prosperidad de los pueblos sin la acción conjunta y los esfuerzos de los jefes de Estado y de quienes gestionan y persiguen sus intereses. Por tanto, se entiende fácilmente —mucho más conviniendo todos en la unidad del género humano— por qué son tantos los que anhelan ver, en nombre de esta fraternidad universal, a las naciones cada vez más unidas entre sí.

La falsa doctrina del fundamento común

Un objetivo muy similar que algunos se esfuerzan por conseguir con respecto a la ordenación de la Nueva Ley promulgada por Cristo, nuestro Señor.

Convencidos de que es muy raro encontrar hombres desprovistos de

todo sentimiento religioso, parecen alimentar la esperanza de que no será difícil que los pueblos, aunque disientan unos de otros en materia de religión, convengan fraternalmente en la profesión de ciertas doctrinas, consideradas fundamento común de la vida espiritual. Por eso suelen organizar congresos, reuniones, conferencias, con un número considerable de oyentes, e invitar a sus debates a todos indistintamente: infieles de todo género, cristianos e incluso aquellos que, lamentablemente, se separaron de Cristo o con obstinada pertinacia niegan la divinidad de su Persona o misión.

Tales emprendimientos no pueden obtener, de ninguna manera, la aprobación de los católicos, ya que se basan en la falsa teoría de que todas las religiones son más o menos buenas y loables, pues, aunque de distinto modo, todas manifiestan y significan igualmente el ingénito y nativo sentimiento que nos acerca a Dios y nos impulsa a reconocer con respeto su poder.

En realidad, los partidarios de tal opinión no sólo yerran y se engañan, sino que además rechazan la verdadera religión, adulterando su concepto esencial, y derivan paso a paso hacia el naturalismo y el ateísmo; de donde se sigue claramente que quienes se adhieren a semejantes doctrinas están apartándose de la religión revelada por Dios. [...]

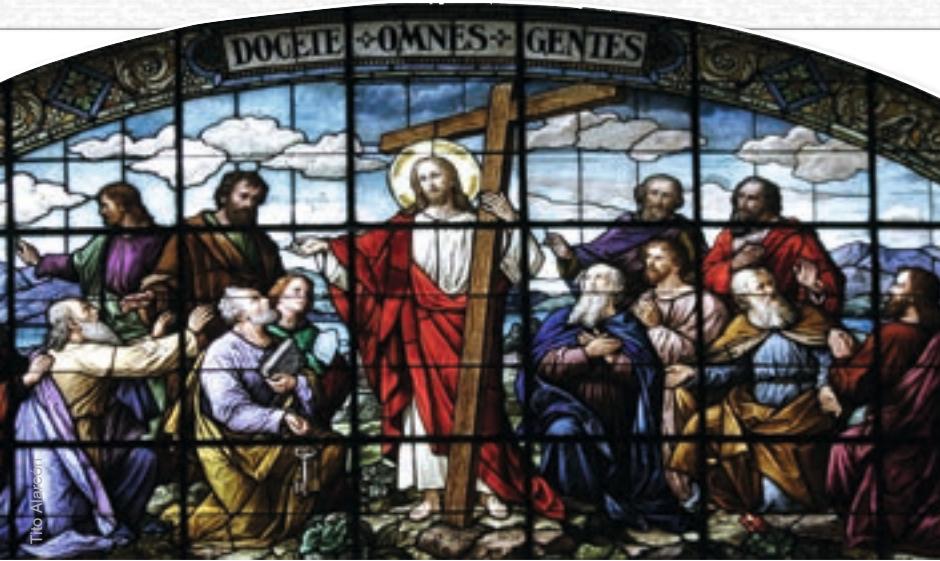
El hombre deber creer de modo absoluto en la Revelación

No puede haber religión verdadera fuera de la que se funda en la palabra revelada por Dios.

Revelación que, comenzada desde el principio y continuada durante la Ley Antigua, fue perfeccionada por el mismo Jesucristo con la Nueva Ley. Ahora bien, si Dios ha hablado —y la Historia da testimonio de que sin duda habló— es evidente que es deber del hombre creer absolutamente en la revelación divina y obedecer en todo sus mandamientos. Y con el fin de que pudiéramos cumplir debidamente lo uno y lo otro, para gloria de Dios y salvación nuestra, el Hijo unigénito de Dios fundó su Iglesia en la tierra. [...]

Esta Iglesia tan admirablemente constituida, no podía cesar ni extinguirse con la muerte de su Fundador y de los Apóstoles, que fueron los primeros en propagarla, ya que a ella se le había confiado el mandato de conducir a todos los hombres a la salvación eterna, sin distinción de tiempo ni lugar: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos» (Mt 28, 19).

Y en el ininterrumpido cumplimiento de esta misión, ¿acaso le faltaría a la Iglesia el valor y la eficacia, hallándose perpetuamente asistida por el propio Cristo, que solemnemente prometió: «Sabed que yo estoy con vo-



Cristo envía a sus discípulos para evangelizar a todos los pueblos - Catedral de Santiago (Chile)

su eficacia y toda su utilidad: una afirmación evidentemente blasfema. [...]

El fundamento de la caridad es una fe íntegra y sincera

Puede parecer que dichos «pancristianos», tan ocupados en unir las iglesias, persigan el nobilísimo objetivo de fomentar la caridad entre todos los cristianos; pero ¿cómo es posible que la caridad redunde en daño de la fe?

Nadie ignora, ciertamente, que San Juan, el apóstol de la caridad —que en su Evangelio parece revelarnos los secretos del Sagrado Corazón de Jesús y que siempre solía inculcar en sus discípulos el nuevo precepto: «amaos los unos a los otros»—, prohibió cualquier trato y comunicación con aquellos que no profesaban la íntegra y pura doctrina de Cristo: «Si os visita alguno que no traе esa doctrina, no lo recibáis en casa ni le deis la bienvenida» (2 Jn 1, 10).

Así, ya que la caridad tiene por fundamento una fe íntegra y sincera, es necesario que los discípulos de Cristo estén unidos principalmente por el vínculo de la unidad de la fe. [...]

Se comprende, pues, Venerables Hermanos, por qué esta Sede Apostólica no ha permitido nunca que sus fieles asistan a los congresos acatólicos; de hecho, la unidad de los cristianos no puede fomentarse más que procurando el regreso de los disidentes a la única y verdadera Iglesia de Cristo, de la cual un día tuvieron la desgracia de separarse; a esa única y verdadera Iglesia que todos ciertamente conocen y que, por voluntad de su Fundador, debe permanecer siempre como Él mismo la instituyó para la salvación de todos. ♦

sotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 20)?

Por consiguiente, la Iglesia de Cristo no sólo ha de existir necesariamente hoy y siempre, sino que también ha de ser exactamente la misma que fue en los tiempos apostólicos; a menos que queramos decir —y de ello estamos muy lejos— que Cristo, nuestro Señor, no cumplió su propósito o que se equivocó cuando dijo que las puertas del Infierno no prevalecerían contra ella (cf. Mt 16, 18). [...]

En esas condiciones, huelga decir que la Sede Apostólica no puede en modo alguno participar en dichos congresos, ni de ninguna manera pueden los católicos apoyar o favorecer semejantes iniciativas; si lo hicieran, darían autoridad a una falsa religión cristiana, totalmente ajena a la única Iglesia de Cristo.

La verdad revelada no admite transacciones

¿Pero podríamos soportar —cosa que sería el colmo de la iniquidad— que la verdad, la verdad divinamente revelada, se rindiera y entrara en transacciones? Porque, precisamente, lo que se trata aquí es de defender la verdad revelada.

Cristo envió a los Apóstoles por el mundo entero para que instruyeran en la fe evangélica a todas las naciones; y para preservarlos de todo

Perpetuamente asistida por el propio Cristo, la Iglesia ha de ser exactamente la misma que fue en los tiempos apostólicos

error, quiso que el Espíritu Santo les enseñara previamente toda la verdad (cf. Jn 16, 13). ¿Acaso esta doctrina de los Apóstoles ha venido por completo a menos o siquiera se ha debilitado alguna vez en la Iglesia, a quien Dios mismo asiste dirigiéndola y custodiándola? Si nuestro Redentor declaró expresamente que su Evangelio está destinado no sólo a los tiempos apostólicos, sino también a las edades futuras, ¿se habrá vuelto tan oscura e incierta la doctrina de la fe como para que hoy sea conveniente tolerar en ella hasta opiniones contradictorias?

Si fuera cierto esto, también habría que decir que tanto la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles como la perpetua permanencia del mismo Espíritu en la Iglesia e incluso la propia predicación de Jesucristo habrían perdido, desde hace muchos siglos, toda

EVANGELIO

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: ¹⁴ «Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, ¹⁵ para que todo el que cree en Él tenga vida eterna. ¹⁶ Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. ¹⁷ Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él. ¹⁸ El que cree en Él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios. ¹⁹ Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. ²⁰ Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. ²¹ En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios» (Jn 3, 14-21).



Jesús con Nicodemo
Parroquia de San Patricio,
Roxbury (EE. UU.)

Gustavo Kralj

La misericordia de Dios se manifiesta ¡hasta en el castigo!

Incluso cuando la humanidad rechaza los auxilios ofrecidos por Dios para salvarla, Él la conduce como un padre, prodigando su bondad tanto en la advertencia y en el castigo, como en el perdón.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – UN INTERVALO DE JÚBILo EN LA CUARESMA

Según una tradición multisecular de la Iglesia, el cuarto domingo de Cuaresma, llamado *Domingo Lætare*, constituye un intervalo de alegría en la clave penitencial propia a este período litúrgico, siendo celebrado con ornamentos rosados, instrumentos musicales y flores en el altar. La nota de júbilo aparece en la antífona de entrada de la Misa, de donde se saca el título que se le da a ese día: *Lætare, Ierusalem!*, «Alégrate, Jerusalén, reuníos todos los que la amáis, regocijaos los que estuvisteis tristes para que exultéis; marareís a sus pechos y os saciaréis de sus consuelos» (cf. Is 66, 10-11).

Así, a medio camino entre el principio y el final de la Cuaresma, los fieles son invitados a una pausa en las mortificaciones y en la consideración de sus faltas, con el fin de recobrar las fuerzas para seguir adelante, pasar por la Pasión del Señor y participar de los gozos de la Resurrección.

Antiguamente a ese día también se le llamaba *Domingo de la Rosa*, debido a una costumbre, cuya institución se remonta a la época del Papa San León IX, en el siglo XI. Siguiendo un rito es-

pecial para la ocasión, el pontífice bendecía una rosa de oro, símbolo de la primavera espiritual franqueada a los hombres por la Pascua venidera, y la enviaba como condecoración a una figura pública o a una iglesia notable. A pesar de que en el transcurso de la Historia la importancia de dicha ceremonia ha disminuido, aún continúa llevándose a cabo, realizándose a menudo la ofrenda de la Rosa de Oro a personalidades o santuarios.

Con respecto a la parte móvil de la liturgia, la inspirada conjugación de textos nos pone ante un escenario en el que todo nos habla de alegría, porque todo habla de misericordia.

El Dios de la compasión también se enfurece

La primera lectura (2 Crón 36, 14-16.19-23), sacada del segundo libro de las Crónicas, sintetiza en pocos párrafos décadas de la historia israelita. Prescindiendo de pormenores concretos, el cronista se fija en una visión teológica de los hechos, describiendo las relaciones del Señor con su pueblo en función de las admoniciones que le enviaba «a diario» por medio de los profetas (cf. 36, 15). La narración de los desastres por los que pasaban los judíos ilustra cómo el Altísimo

Los fieles son invitados a una pausa en las mortificaciones y en la consideración de sus faltas

Cuando el mal logra corromper y conquistar a quienes deberían ser la cúpula de una sociedad, se hace imposible mover a las almas

mo reserva momentos para punir a la nación rebelde, así como castiga a los hombres individualmente.

En este sentido, un detalle del texto llama la atención: el autor sagrado menciona en primer lugar a «todos los jefes» y a «los sacerdotes» (cf. 36, 14), porque eran los principales responsables de las infidelidades de los demás. De hecho, los que Dios ha escogido e instituido como intermediarios suyos ante el pueblo han de sustentar a las almas en el bien, sobre todo como modelos de santidad. Sin duda, si las autoridades religiosas de Israel fueran amantes de la virtud y apoyaran a los profetas, la fuerza de su ejemplo convencería a buena parte de aquella gente a aceptar con docilidad la voz de Dios. Sin embargo, existía una entera complicidad entre los líderes espirituales y el pueblo, tanto en la profanación del Templo como en el desprecio a los mensajeros del Señor.

Ahora bien, cuando el mal logra corromper y conquistar a quienes deberían ser la cúpula de una sociedad, se hace imposible mover a las almas sin un auxilio sobrenatural extraordinario. El Todopoderoso entonces se enfurece, como prosigue el cronista: «La ira del Señor se encendió irremediablemente contra su pueblo» (36, 16). El Dios de la benevolencia, de la caridad y de la compasión manifiesta su cólera a la manera de un padre que, después de haberle llamado la atención a su hijo sin obtener resultado, decide corregirlo mediante un castigo. El ejército de Nabucodonosor invade Jerusalén, destruye el santuario y arrasa la ciudad, llevándose cautivos a Babilonia a todos los que habían escapado de su espada (cf. 2 Crón 36, 19-20).

En el salmo responsorial (Sal 136, 1-6) nos encontramos con los lamentos de los israelitas por las décadas que pasaron en el exilio. Al haber ofendido a Dios «imitando las aberraciones de los pueblos paganos» (2 Crón 36, 14), reciben una pena simétrica a la falta cometida y son obligados a vivir como esclavos en un país de gentiles. No obstante, en otro tiempo sordos a los llamamientos que el Señor les dirigía a través de los profetas, ahora lo escuchan por medio del castigo. Un signo inequívoco de su apertura a la acción de la gracia transparece en el aprecio con el que se acuerdan de Sion, hasta el punto de llorar con nostalgia (cf. Sal 136, 1).

Dios jamás desea el mal. Si permite situaciones trágicas en las cuales sentimos en nuestra propia piel los efectos de nuestros crímenes,

lo que pretende con ello es corregirnos y salvarnos, pues es «rico en misericordia» (Ef 2, 4), como lo proclama San Pablo en la segunda lectura (Ef 2, 4-10). Cuando nos entregamos al pecado, tendemos a alejarnos de Dios, a la manera de Adán y Eva en el paraíso, que «se escondieron de la vista del Señor Dios entre los árboles del jardín» (Gén 3, 8). Esta inclinación de huir del Creador se verifica a lo largo de toda la Historia y por eso siempre Él es el que toma la iniciativa de liberar a los hombres de sus pasiones y caprichos, atrayéndolos nuevamente a sí.

Teniendo presente este maravilloso panorama de las manifestaciones del amor divino, contemplemos el Evangelio de hoy, perfecto tratado de teología con respecto a la Redención.

II – DIOS QUIERE SALVAR A TODOS, PERO NO TODOS QUIEREN SER SALVADOS

La célebre conversación nocturna, situada por San Juan en el primer año de la vida pública de Jesús, trata de verdades en las cuales hoy creemos con facilidad. En aquel momento, sin embargo, significaron una extraordinaria apertura de horizontes. A Nicodemo, hombre de sólida formación farisaica y profundo conocimiento de las Escrituras, tales revelaciones le asombaban y le exigían una fe generosa.

No sabemos quién le habrá transmitido al discípulo amado el relato de ese encuentro; quizá el propio Jesús o María Santísima, que ciertamente lo oiría de su Hijo. El evangelista repite toda la secuencia del diálogo a grandes rasgos, componiendo una narración que se lee en pocos minutos. Con todo, es de suponer que una conversación de tal calibre durara al menos unas dos horas. No cabe duda de que fue más abundante en términos y, tal vez, en preguntas del fariseo y censuras de parte de Jesús.

Podemos imaginar la escena transcurriendo en un clima de gran bienquerencia. A pesar de lo avanzado de la hora, el Salvador se empeñaba en esclarecer el espíritu de aquel «jefe judío» (Jn 3, 1) y éste, a su vez, oía todo con un entusiasmo cuya causa era el amor que Jesús mismo, en cuanto Dios, le había tenido desde toda la eternidad.

El Señor prepara a sus hijos para acontecimientos grandiosos

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: ¹⁴ «Lo mismo que Moisés elevó la



Hugo Gradios

Moisés y la serpiente de bronce
Catedral de Pisa (Italia)

serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre,...»

El Señor se remonta hasta la travesía del desierto rumbo a la tierra prometida, episodio familiar para cualquier judío, y menciona la ocasión en la que el pueblo murmuraba «contra Dios y contra Moisés» (Núm 21, 5), recibiendo como castigo «serpientes abrasadoras, que los mordían, y murieron muchos» (Núm 21, 6). Cuando los israelitas finalmente se arrepintieron, el Señor no eliminó las serpientes como ellos le pedían, sino que le ordenó a Moisés que hiciera una de bronce y la colocara en un estandarte diciéndoles que «los mordidos de serpientes quedarán sanos al mirarla» (Núm 21, 8).

No es difícil calcular el alboroto producido en el campamento de miles de familias cuando alguien recibía una picadura de dicho reptil y necesitaba ir corriendo hasta Moisés. Además de hacerles comprender el valor de la mediación de un profeta, Dios procedió así por misericordia, deseando mostrar, en medio de aquella situación de miseria y rebelión, un signo de la Redención. Como enseña el libro de la Sabiduría, «el que se volvía hacia él se curaba, no por lo que contemplaba, sino gracias a tí, Salvador de todos» (16, 7).

De aquí sacamos una importante lección: Dios lo prepara todo con antecedencia y nos educa constantemente, ofreciéndonos ejemplos, metáforas y prefiguras de lo que acontecerá en el futuro, sea en la línea de castigos para el mundo, sea en la línea de grandiosas realizaciones del bien. Por eso debemos aceptar con espíritu sobrenatural aquello que nos sobrevenga, tratando de discernir en cada circunstancia la orientación que Él da con respecto al porvenir.

En este sentido, la serpiente erguida en el desierto como símbolo e instrumento de curación para los caminantes también les brindaba a aquellos que convivirían con el Redentor y a los que más tarde lo seguirían la posibilidad de contemplar la obra de la salvación en una perspectiva más abarcadora.

Un factor imprescindible para obtener la salvación: la fe

¹⁵ «...para que todo el que cree en Él tenga vida eterna».

Al escribir su Evangelio, San Juan pretendía refutar las herejías que se propagaban en aquel tiempo y, para ello, se empeñó en resaltar la unión de las dos naturalezas, la humana y la divina de Nuestro Señor Jesucristo. Con tal objetivo, se valió del caso de Nicodemo como paradigmático de las dificultades de muchos judíos que, aferrados a la razón, se resistían a aceptar a un Dios que se encarnara y muriera en una cruz y presentó las novedades reveladas al buen fariseo como una perfecta demostración de esa sublime verdad de fe.

Si comparamos esa conversación con la que Jesús tendría con la samaritana poco después (cf. Jn 4, 1-42) percibiremos cómo el diálogo que tuvo lugar junto al pozo de Jacob fue mucho más vivo y marcado por el encanto, además de mucho más rápida la conversión de la interlocutora. Entre otros motivos, esto se explica porque en aquella mujer no existían las objeciones propias a quien posee vastos conocimientos y quiere alcanzar únicamente con la inteligencia lo que sólo la fe puede abarcar.

Cuando Jesús trata con Nicodemo pone de relieve la necesidad de creer para salvarse, dejando claro que la conquista de la vida eterna no es una cuestión de esfuerzo o de capacidad intelectual, sino que depende de la actitud de fe de cada uno ante el misterio de la cruz.

Dios procedió así por misericordia, deseando mostrar, en medio de aquella situación de miseria y rebelión, un signo de la Redención

A diferencia de la conversación con la samaritana, cuando Jesús trata con Nicodemo pone de relieve la necesidad creer para salvarse

Dios ama con radicalidad

¹⁶ «Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. ¹⁷ Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él».

Este bellísimo pasaje nos da una idea del amor radical de Dios por los hombres, hasta el punto de enviar al mundo a su Hijo unigénito, Él mismo es modelo de radicalidad para nosotros. Una gota de sangre, un simple pestaño o un gesto ofrecido al Padre como reparación habría sido suficiente para consumar la Redención, pues el mínimo acto del Hombre Dios posee un valor infinito. No obstante, el Señor quiso entregarse por entero; y esto en tal grado que durante la Pasión, como había profetizado Isaías, «muchos se espantaron de Él porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano» (52, 14).

Cabe aquí hacer una aplicación personal: cuando cometemos una falta, a veces sentimos que no somos amados por Dios. Se trata de una impresión de origen preternatural, contraria a esa revelación hecha por el divino Maestro. ¡Se dejaría crucificar para llevar una única alma al Cielo, tal es su amor!



Jesús con la samaritana - Iglesia de Saint-Malo, Dinan (Francia)

De estos versículos se desprende, además, que Dios ofrece a los hombres todos los auxilios necesarios para evitar su condenación; sin embargo, muchos los rechazan, convirtiéndose así en culpables de su propia perdición.

La fe exige obras

¹⁸ «El que cree en Él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios».

Creer no significa aceptar pasivamente un conjunto de verdades sin implicaciones concretas para nuestra existencia particular. En el decir de Santiago, la fe «si no tiene obras, está muerta por dentro» (Sant 2, 17). Quien cree debe trazar un plan de vida cristiana para imitar a Nuestro Señor, adecuando a Él su mentalidad, inteligencia, voluntad y sensibilidad, con la disposición de progresar siempre en esa unión. Si la fe mueve montañas (cf. Mt 21, 21), también produce efectos extraordinarios —y mucho más!— en el alma que la posee, confiriéndole las energías necesarias para toda clase de buenas obras.

Por otro lado, esa categórica afirmación de Jesús resalta cómo Él es piedra de escándalo y divisor, en función del cual los hombres optan por el Cielo o por el Infierno. Las declaraciones siguientes van en esa misma línea y pueden ser calificadas como las más contundentes del Evangelio de San Juan sobre la oposición entre la luz y las tinieblas. No se trata propiamente de una lucha, la cual se verifica cuando hay un enfrentamiento y una resistencia entre dos fuerzas. Esto no ocurre entre la luz y las tinieblas: cuando aquella se hace presente, éstas desaparecen.

Luz o tinieblas

¹⁹ «Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas».

Dios, «la luz verdadera, que alumbría a todo hombre» (Jn 1, 9), es el Bien. El mal, por su parte, sólo existe en quien se aleja o se levanta contra Él; consiste, por tanto, en la ausencia de bien.

Pero cuando alguien abraza un camino contrario al bien, a la verdad y a lo bello, se distancia de la luz y entra en las tinieblas. Y esto mismo sucede con personas dotadas de profusas luces intelectuales. De hecho, también los demonios y precitos conservan su inteligencia en el Infierno,

pues se trata de una luz natural, muy diferente de la luz por excelencia de la que habla Nuestro Señor, capaz de penetrar a fondo en el alma y llevarnos a entender algo respecto a Dios.

²⁰ «Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. ²¹ En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios».

He aquí una terrible constante en el alma entregada al pecado: la aversión a todo lo que recuerda la rectitud y la virtud, sobre todo a aquellos que, por estar más avanzados en el camino de la santidad, reflejan con mayor intensidad la Luz que es Dios. ¡Cuántas veces no percibimos que alguien anda mal por la indignación que demuestra con relación al que es bueno!

De hecho, nadie adhiere al mal, al error y a lo feo como tales. Cuando una persona quiere prevaricar, necesita construir una doctrina para justificar su mala conducta y, si se allega a la luz, esa racionalización cae por tierra. Es como el que entra en una fiesta, nota una mancha en su ropa y trata de no exponerse a la claridad, a fin de evitar que los otros se den cuenta de su apuro.

Si, por el contrario, hay integridad y deseo de conformarse con Dios, nada causa más alegría que el convivir con aquellos que, por haber amado tanto a la Luz, se transformaron ellos mismos en luz para los demás.

III – ¿QUÉ CAMINO ELEGIREMOS?

He aquí la maravillosa enseñanza de este Domingo de la Alegría. A lo largo de la Cuaresma hemos ido considerando, día tras día, el horror de nuestras propias miserias y, de repente, una claridad se abre en medio de estas nubes negras para que bajen los rayos de la misericordia sobre nosotros y nos llenen de una esperanza basada en un don gratuito de Dios, como afirma San Pablo en la segunda lectura: «En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros: es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir» (Ef 2, 8-9).

Sin embargo, vemos icuán distante está la humanidad de esa verdadera alegría! La felicidad no se encuentra en las vías del alejamiento de



Mons. João preside la Misa de Domingo Lætare en la Casa Lumen Prophetæ, Mairiporã (Brasil), 11/2/2018

Dios —recorridas por el pueblo elegido en la primera lectura—, cuyo término es la «Babilonia» del pecado y el castigo divino. Si «todo el que comete pecado es esclavo» (Jn 8, 34), quien comienza a andar por ese camino se vuelve prisionero de un «Nabucodonosor» mucho peor que el tirano histórico: el demonio, el cual odia a Dios y a su obra y por eso quiere la perdición de los hombres.

Dios nos libra de seguir las sendas de esa esclavitud. Más bien, pueda el Señor concedernos la gracia de optar por las veredas de la libertad, sirviéndole a Él, fuente de la única y verdadera alegría. Y solamente la obtendremos después de pasar por las dificultades de la vida, dando cada vez más de nosotros mismos, por entero y sin mirar atrás. Así actuaron los santos, Nuestra Señora y el propio Jesucristo, nuestro Señor, en cuyo cuerpo no quedó una sola gota de sangre.

Que María Santísima nos alcance, por su intercesión omnipotente ante Jesús, la ufanía de ser hijos de la Iglesia y, en consecuencia, inmensamente amados y perdonados siempre que reconozcamos nuestras faltas con dolor y las depositemos confiados en las brasas del amor divino. De esta forma, la preciosísima sangre de Cristo y las lágrimas extraordinariamente santas de Nuestra Señora se derramarán sobre nuestras almas, confiriéndoles un perfume agradable a Dios. ♦

*Una claridad
se abre en
medio de
estas nubes
negras para
que bajen los
rayos de la
misericordia
sobre nosotros
y nos llenen
de esperanza*

La espada del espíritu y el escudo de la fe

El amor y el odio se acompañan como la luz y la sombra. Quien adora al Señor combate la idolatría; quien ama la virtud odia el pecado; quien da culto a Dios y a los santos detesta al demonio y a sus agentes.

P. Rafael Ibarguren Schindler, EP



En este primer trimestre del año, el coronavirus continúa siendo el tema dominante. Las sucesivas normas sobre este asunto presentan, en general, un enfoque unidimensional y no siempre «científicamente correcto». Algunas hasta causan desconcierto... Sin hablar de las dosis de *fake news* con las que se intenta engañar a la opinión pública.

«*Sursum corda* — ¡Levantemos el corazón!». Vamos a nuestro tema eucarístico de cada mes, que hoy abordaremos desde un ángulo diferente... y desafiante.

Iglesia militante, iglesia peregrina

Hasta hace poco tiempo era corriente usar el término «Iglesia militante» para referirse al segmento del Cuerpo Místico de Cristo del que forman parte los vivos, porque «¿no es acaso milicia la vida del hombre sobre la tierra?» (Job 7, 1). Junto a la purgante y a la gloriosa, constituye el conjunto de la Iglesia Católica Apostólica Romana —otra expresión que va cayendo en desuso.

Actualmente se opta por decir «Iglesia peregrina», lo que no es incorrecto, pero es menos preciso. Para vivir las exigencias de la fe es nece-

sario vencer obstáculos, negarse a sí mismo, cargar con la cruz. ¡Hay que militar! Las fuerzas para ese arduo compromiso nos vienen de la gracia de Dios, siendo los sacramentos vehículos de la gracia. El de la Confirmación, por ejemplo, que transforma al bautizado en soldado de Cristo.

El combate anunciado por Job se libra, ante todo, en el campo espiritual: «Porque nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire» (Ef 6, 12). No obstante, tiene desdoblamientos en el campo material, dado que también entre los hombres hay maldad deliberada y culposa.

Santos guerreros, modelos de heroísmo cristiano

Cuando en la cristiandad floreció la caballería y se dieron las gestas de las Cruzadas, hoy tan criticadas, hubo contiendas admirables, tanto en Europa como en Oriente Medio. Sin duda, alguno objetará que la miseria humana no estuvo ausente. Sí, pero ¡hasta las empresas más loables se han visto tiznadas con la fragilidad congénita de los desterrados hijos de Eva! Las Cruzadas fueron impulsadas por

los Papas y en ellas participaron santos de la talla de Luis IX de Francia o Fernando III de Castilla.

Siglos más tarde, así se expresaba Santa Teresa del Niño Jesús: «Siento la vocación de un guerrero... siento en mi alma la valentía de un cruzado, de un zuavo pontificio; quisiera morir en un campo de batalla en defensa de la Iglesia». ¿Lirismo? ¿Meras expansiones juveniles? No. ¡Son decires de una doctora de la Iglesia!

De hecho, en el Santoral figuran los nombres de varios guerreros, modelos de heroísmo cristiano. Hay otros que, sin haber entrado propiamente en la arena, estimularon lides justas mereciendo la honra de los altares. Y son numerosísimos los valientes defensores de la fe que, aunque no estén en el catálogo de los santos canonizados, han ganado el Cielo.

«No he venido a sembrar paz, sino espada»

En la Sagrada Escritura se relatan permanentes conflictos entre fieles (etimológicamente: *los que tienen fe*) e infieles (*los que no la tienen*). No debe causar extrañeza, porque Dios le dijo a la serpiente después de la caída original: «Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia



La Biblia se abre y se cierra con esta enseñanza clave: la vida en esta tierra es una batalla constante, prolongación del gran combate que hubo en el Cielo

Procesión eucarística en el interior de la basílica de Nuestra Señora del Rosario, 2/4/2015

cia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón” (Gén 3, 15).

Se trata de una enemistad puesta por Dios, no por la voluntad o el capricho humano. Y el último libro sagrado recoge la misma verdad: «Y se llenó de ira el dragón contra la mujer, y se fue a hacer la guerra al resto de su descendencia, los que guardan los mandamientos de Dios» (Ap 12, 17).

Así, la Biblia se abre y se cierra con esta enseñanza clave: la vida en esta tierra es una batalla constante, prolongación de la celestial: «Y hubo un combate en el Cielo: Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón, y el dragón combatió, él y sus ángeles» (Ap 12, 7).

En los Evangelios encontramos también significativos pasajes que apuntan a ese estado de beligerancia. Veamos tan sólo dos ejemplos. Primero: Simeón que dice de Jesús, en la Presentación: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción» (Lc 2, 34). Segundo: lo dicho por el propio Señor: «No penséis que he venido a la tierra a sembrar paz: no he venido a sembrar paz, sino espada» (Mt 10, 34).

¿Cómo explicar la aparente contradicción?

Bien, ¿qué pensar de todo esto? Antes que nada, digamos con el Maestro: «Bienaventurados los que trabajan por la paz» (Mt 5, 9). Él nos enseñó a amar a los enemigos, a perdonar hasta «setenta veces siete» (cf. Mt 18, 21-22), a rezar por los que nos persiguen (cf. Mt 5, 43-44), etc. Eso también está en los Evangelios. Entonces ¿cómo explicar la aparente contradicción?

Es que el amor a «mi persona» es, digámoslo así, negociable, pero el amor a Dios, no. Tratándose de intereses propios, debo ceder y poner la otra mejilla, pero la causa de Dios es sagrada e irrenunciable... Salvo que se ignore el primer mandamiento, resumen de toda la ley.

Es un hecho que las ideas y los reflejos de muchos católicos se han visto afectados por los miasmas del relativismo, al no querer ver de frente una verdad elemental: el amor y el odio se acompañan como la luz y la sombra. Quien adora al Señor combate la idolatría; quien ama la virtud odia el pecado; quien da culto a Dios y a los santos detesta al demonio y a sus agentes. ¿Cómo no va a ser así?

Hay incompatibilidad entre luz y tinieblas.

A estas alturas, algún lector podrá haberse sorprendido por el rumbo inusual que ha tomado esta meditación eucarística, que va llegando a su término. Sin embargo, toda esta introducción, quizás demasiado extensa, ayuda a desembocar más fácilmente en nuestro permanente empeño: el fomento del culto eucarístico.

Nuestra «militancia» pasa por adorar a Jesús Hostia y a propagar el amor a Él, lo que implica en «cruzarse por la Eucaristía». Se trata, ya no de reconquistar el Santo Sepulcro, sino de exaltar la presencia real del Resucitado. En este singular enfrentamiento se pelea contra la ignorancia y la apatía, con las armas de la palabra y del ejemplo, para vencer la generalizada inconsecuencia de nuestros hermanos en la fe y atraerlos al Pan del Cielo. Libremos esta «guerra santa» bajo el manto de la Virgen, que es «hermosa como la luna, refulgente como el sol, terrible como un ejército en orden de batalla» (Cant 6, 10). ♦

¹ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS.
Manuscrits autobiographiques. Manuscrit B, 2v.

Ardiente devoto de la Pasión del Señor

Junto a la cruz del Salvador es cuando el talento de Victoria se manifiesta mejor. Al oír sus músicas, es como si Nuestro Señor Jesucristo nos dijera: «Hijo mío, ihe sufrido tanto por ti! ¿No quieres sufrir un poco por mí?».

Hna. María Beatriz Ribeiro Matos, EP



¿Quién no se conmueve al contemplar a aquel «que pasó haciendo el bien» en la tierra (cf. Hch 10, 38), siendo odiado, escarnecido y ultrajado como ningún hombre jamás lo había sido en la Historia? A las generaciones actuales, tan acostumbradas a una vida orientada a huir del sufrimiento, tal vez les causaría horror ver en qué estado se encontraba el Hombre Dios camino del Calvario.

Después de soportar la ingratitud de uno a quien había amado como hijo y elegido apóstol, pasó la noche en vigilia, recorriendo tribunales, recibiendo bofetadas e injurias, abandonado por los suyos. Y como si no

bastara, a la mañana siguiente, atado a una columna, fue cruelmente azotado antes de cargar con la cruz hasta lo alto del Gólgota.

Exangüe y agonizante, Nuestro Señor Jesucristo suplicaba a los hombres de todos los tiempos: «Oh vosotros, los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor como el dolor que me atormenta» (Lam 1, 12). ¡Cuántos se mantuvieron indiferentes a su amor! ¡Cuántos rechazaron su sacrificio y rechazaron el Cielo que Él les abría con su muerte! ¡Cuántos perpetuaron en la Historia la ingratitud de aquellos que estaban a los pies de la cruz, pisando sacrílegamente la sangre que les traería la salvación!

Sin embargo, cuántos héroes de la fe no dudaron en exclamar con San Pablo: «En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo» (Gál 6, 14). ¡Estos pueblan el firmamento de la Santa Iglesia, iluminándolo con su brillo!

Al contemplar esos astros luminosos, nuestros ojos recaen sobre uno que perpetuó su luz a lo largo de los siglos de una forma muy singular. Hasta hoy, entre los músicos de la polifonía sacra, su nombre es pronunciado con admiración y respeto; y entre los fieles amantes de la cruz y de



Francisco Lecuas

Tomás Luis de Victoria tuvo por cuna la ciudad de Ávila donde, aún niño, fue miembro del coro de la catedral

Nave principal de la catedral de Ávila (España)



*Procuró con sus
músicas consolar al
divino Redentor;
hablan al fondo del
alma induciendo
a la seriedad y a
la compasión*

A la izquierda, portada de la edición de 1585 de los Oficios de Semana Santa; a la derecha, retrato del compositor



Fotos: Reproducción

la tradición, sus melodías producen los más preciosos frutos de piedad.

Nacido en 1548, Tomás Luis de Victoria tuvo por cuna, como Santa Teresa de Jesús, la ciudad española de Ávila. Por aquel entonces, grandes cambios sucedían en el panorama social, que abarcaban todas las áreas de la vida humana.

El Siglo de Oro español

En el distante siglo XVI, España atravesaba por una coyuntura nueva en su historia. Tras 800 años de lucha por la reconquista de sus tierras, finalmente —con la caída del reino musulmán de Granada, en 1492—, el último bastión enemigo había sido sometido. E, inmediatamente después, un horizonte por completo inesperado se abría ante sus ojos: ¡América!

Por otra parte, mientras el protestantismo dividía la cristiandad por la mitad en el resto de Europa, España se lanzaba de cuerpo entero en la Contrarreforma y en la conquista de nuevos continentes para la Santa Iglesia.

Fue cuando la Providencia, tal vez como recompensa por haber mantenido encendida la antorcha de la fidelidad a la fe, favoreció el crecimiento político, económico e incluso artístico de esa nación ibérica. El castellano empezó a convertirse en una len-

gua que se hablaba en todo el orbe. Sus galeones surcaban el Atlántico y el Pacífico. En el campo de la literatura, de la ciencia y de las artes, florecía el Siglo de Oro español.

«Indudablemente, junto con Italia, [en esa época auge de su historia] España lleva [en las diversas ramas del arte] la dirección, produciendo en todos los órdenes obras de gran valor artístico, que constituyeron uno de los mejores exponentes del espíritu católico de la Península».¹

En los albores de una nueva expresión artística

También la música encontró su apogeo en el Siglo de Oro, en el cual brillaron, junto con Victoria, Francisco Guerrero, Cristóbal de Morales y otros maestros. Pero fue el compositor abulense quien la llevó a su máxima manifestación.

Su obra se inserta en la transición entre la polifonía renacentista y la expresividad barroca, aunque se caracteriza, principalmente, por haber estado inspirada en el fervor de la Contrarreforma.

«En realidad, se puede afirmar que [impulsadas por ese espíritu] todas las artes se pusieron al servicio de la Iglesia Católica y que ésta, como era obvio y natural, manifestó la profunda renovación que había experimentado en la

exuberancia de sus grandes construcciones religiosas y en la magnificencia de la pintura, escultura y todas las artes decorativas. Esta exuberancia de vida en el culto y en el arte coincide con el principio del *arte barroco*, por lo cual es opinión de algunos que el arte barroco es la expresión más adecuada de la Reforma católica de fines del siglo XVI y siglo XVII».²

El arte barroco, de hecho, floreció sobre todo en las naciones europeas que mantuvieron íntegra la fe, entre ellas España, Portugal e Italia. Y si el Renacimiento aireaba el predominio de la razón, en el nuevo estilo artístico hay una exaltación de los sentimientos que propician el expresar la religiosidad intensamente.

El talento aliado a la piedad

En esta coyuntura es cuando Tomás Luis de Victoria viene a cumplir su misión artística y evangelizadora.

Su primer contacto con la música lo tuvo de pequeño, como miembro del coro de la catedral de Ávila. Este período de su vida transcurrió en la simplicidad y poco se sabe de él. Pasados los años, bajo el patrocinio del rey Felipe II, se marchó a Roma, donde podría ahondar en sus conocimientos musicales y, sobre todo, prepararse para ascender al más glorioso y sacrificado estado: el sacerdocio.

Con esa intención Victoria se inscribió en el Collegium Germanicum, fundado por los Jesuitas, en donde se encontraría con el salvador de la polifonía sacra: Giovanni Pierluigi da Palestrina. Recibió algunas clases de él e incluso lo sucedió como maestro de capilla en el Seminario Romano. La influencia de Palestrina es perceptible en sus primeras composiciones, pero una enorme diferencia marcaría posteriormente el recorrido y el sentimiento musical de ambos.

En 1575, Victoria fue ordenado sacerdote y unos años más tarde entraría en la Congregación del Oratorio, convirtiéndose en discípulo de San Felipe Neri. En 1587 regresó a España, donde asumió la capellanía del convento de las Descalzas Reales, de Madrid, sirviendo de cerca a la emperatriz María, viuda de Maximiliano II de Alemania y hermana de Felipe II.

La obra de Tomás Luis de Victoria, comparada con la de Palestrina o la de Orlando di Lasso —que con él dominaron la música quinientista—, no es muy extensa. Sin embargo, le cupo el mérito de no haber empleado nunca su talento ni su tiempo en composiciones profanas.

Más que la genialidad artística, sin duda muy notable, brilla en sus músicas una profunda piedad, libre del ateísmo renacentista y de la superficialidad barroca. Su obra «consta de 20 misas, 44 motetes, 34 himnos, diversos Magníficat y responsorios, y sobre todo del *Officium Hebdomadæ Sanctæ*»,³ una monumental colección para todas las celebraciones de la Semana Santa.

«Sus profundas y sinceras convicciones religiosas otorgan un carácter especial a sus obras, de una gran pureza técnica, una intensa calidad dramática y una expresión apasionada que algunos autores no han dudado en comparar con la que trans-

miten los poemas de sus contemporáneos Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz».⁴

La cruz: su mayor inspiración

Lamentablemente no es posible transmitir en estas líneas sus melodías, rodeadas de un imponderable de profundidad y misterio, compasión y levedad.

Victoria canta en la Navidad sin perder la alegría propia a este período. Sabe resaltar la grandiosidad del misterio de la Encarnación —tantas veces olvidada en la superficialidad de las fiestas navideñas—, como se puede comprobar en su célebre *O magnum mysterium*, considerado por muchos como insuperable.

En la misa de *Requiem*, recuerda que para un cristiano la muerte no es el final, pero tampoco duda en recor-

Habiendo sido ordenado sacerdote en Roma, Victoria nunca compuso una obra profana, sino misas, motetes e himnos religiosos

dar, incluso con un tono gozoso, las alegrías del Cielo en el motete *Gaudient in caelis*. Reproduce en la tierra el canto de los ángeles en el Paraíso, alternando en voces el coro de los serafines ante el Altísimo, y no cesa además de alabar en sus composiciones a la Madre de Dios.

Con todo, junto a la cruz del Salvador es donde el talento de Victoria expresa mejor su piedad. En su *Responsorio de tinieblas*, dedicado a acompañar las ceremonias de Semana Santa, y en los numerosos motetes de la Pasión, el compositor se apaga por entero, para dejar que el fiel contemple únicamente las llagas de Cristo.

¿Quién osaría pronunciar una palabra ante un Dios que muere? Victoria procuró con sus músicas consolar al divino Redentor y, más que con mil palabras, habla al fondo del alma de todos los que lo escucharán hasta el fin del mundo, induciéndoles a la seriedad y a la compasión. En sus composiciones, Nuestro Señor Jesucristo parece insinuarse en el alma del fiel y decirle: «Hijo mío, ihe sufrido tanto por ti! ¿No quieres sufrir un poco por mí?».

Ciertamente, desde lo alto del patíbulo, el Hombre Dios contempló a este hijo que amaría sus dolores, se compadecería de sus sufrimientos y cantaría a la Historia y a la eternidad la sagrada y grandeza de la Redención. Y ciertamente esa visión lo alivió en sus padecimientos. ♦

¹ GARCÍA VILLOSLADA, SJ, Ricardo; LLORCA, SJ, Bernardino. *Historia de la Iglesia Católica: Edad Nueva*. Madrid: BAC, 2005, v. III, pp. 958-959.

² Ídem, p. 1069.

³ DELLA CORTE, A.; PANAIN, G. *Historia de la música. De la Edad Media al siglo XVIII*. Barcelona: Labor, 1950, v. I, p. 291.

⁴ RUIZA, M.; FERNANDÉZ, T.; TAMARO, E. *Biografía de Tomás Luis de Victoria*. In: www.biografiasyvidas.com.



Fachada del convento de las Descalzas Reales, Madrid

¿Cómo escalar la montaña más gloriosa?

Alcanzar las elevadas cimas de la santidad es algo completamente asequible a cada uno de nosotros. Sin embargo, para subir a la cumbre de esa gloriosa montaña no hay más que un camino: la cruz! Sólo puede ser escalada por pies que sangran.

Hna. Xiomara Florentino de la Cruz, EP



Al hojear las páginas del *Catecismo de la Iglesia Católica* encontramos una afirmación muy importante: «Dios creó todo para el hombre, pero el hombre fue creado para servir y amar a Dios».¹

He aquí la gloriosa cima adonde nos convoca la Providencia. Sin embargo, se nos desvela ante nuestros ojos una escalada repleta de incertidumbres y de misterios para lograrlo.

La santidad no es imposible

Muchos se habrán preguntado, al menos una vez en la vida, si verdaderamente es posible alcanzar la santidad. Si es posible que el hombre soporte tantos sufrimientos, que venza horribles tentaciones, que persevere en la lucha incesante hasta el final de su vida. ¿No sería esto un esfuerzo inútil de querer conseguir lo imposible?

Si la santidad fuera, en realidad, algo inviable, el Cielo no estaría lleno de santos. De hecho, la Iglesia posee en la actualidad miles de almas canonizadas por su santidad de vida. Y estas son solamente las que constan en el martirologio, porque muchos justos han atravesado la Historia sin haber sido conocidos por nadie, a no ser

por su más cercanos y, claro está, por Dios.

Ahora bien, si tantos han logrado conquistar la cumbre de esta sagrada montaña de la práctica de la virtud, también nosotros lo podemos hacer, con el auxilio de la gracia. En efecto, no podemos pensar que los santos eran seres de una «naturaleza más elevada» o que nacieron con algún poder súper especial... ¡Eran personas corrientes como nosotros!

Santa Teresa del Niño Jesús, por ejemplo, deja consignado en sus memorias que de pequeña había sido una niña muy mimada y con un temperamento fuerte y orgulloso, el cual tuvo que vencer a fuerza de sacrificios, renuncias y no pocas lágrimas...²

El gran Poverello de Asís, San Francisco, enfrentó igualmente una auténtica lucha contra sus costumbres mundanas y su frivolidad antes de cumplir la misión que Dios le había reservado.³

Incluso hasta el apóstol San Pablo narra con humildad sus debilidades y flaquezas: «Por la grandeza de las revelaciones, y para que no me engríá, se me ha dado una espina en la carne: un emisario de Satanás que me abofetea, para que no me engríá. Por

ello, tres veces le he pedido al Señor que lo apartase de mí y me ha respondido: «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad» (2 Cor 12, 7-9).

Así pues, la santidad es algo enteramente asequible para nosotros. Y Dios como Padre amoroso no cesa de invitarnos en el interior de nuestras almas: «Hijo mío, hija mía, ico-rage! Emprende esta escalada que se te presenta impracticable. Yo estaré contigo. Avanza paso a paso que cuando menos te lo esperes los ángeles estarán transportándote.

¡Sólo hay un camino!

Ante el desafío de trepar hasta una elevada cima es normal que se empiece analizando cuál es el mejor camino para alcanzarla. No obstante, las «almas alpinistas» que decidieron ser santas sólo tienen una única

ruta que seguir para llegar a su meta: cargar con la cruz!

Dice el Eclesiástico: «Hijo, si te acercas a servir al Señor, prepárate para la prueba. Endereza tu corazón, mantente firme y no te angusties en tiempo de adversidad. Pégate a Él y no te separes, para que al final seas enaltecido. Todo lo que te sobrevenga, acéptalo, y sé paciente en la adversidad y en la humillación. Porque en el fuego se prueba el oro, y los que agrandan a Dios en el horno de la humillación» (2, 1-5).

En su infinita misericordia y cariñosa paternidad, Dios quiso ser el primero en enfrentar el sufrimiento que nos exige; y lo hizo en proporciones inimaginables, no solamente para poder derramar sobre nosotros torrentes de gracias que nos sustenten, sino también para darnos ejemplo.

A fin de cuentas, Dios Hijo al encarnarse bien podría haber redimido al género humano con una sonrisa nada más, pues sus actos poseían un valor infinito. Pero quiso derramar hasta la última gota de su sangre en el más cruel y humillante martirio. Fue cubierto de injurias y despreciado por

esas mismas personas por las que se ofrecía. No podría haber sufrido más.

Por lo tanto, el único camino que nos conduce al Cielo fue fundado e inaugurado por el propio Hijo de Dios hecho hombre. La gloriosa montaña de la santidad sólo puede ser escalada por pies que sangran.

Una prueba del amor de Dios

Así que cuando nos asalte la vorágine de las tentaciones, de las perplejidades y de las angustias, no desanimemos! Por el contrario, comprenémonos de que esos son los mejores

*La santidad es algo
asequible para noso-
tros. Dios nos dice:
«Hijo mío, ¡coraje!
Emprende esta esca-
lada que se te pre-
senta impracticable.
Yo estaré contigo»*

momentos de nuestra vida, en los cuales podemos ofrecerle a Dios un amor puro, sin esperar retribución, sintiéndonos abandonados por Él mismo. En esas horas debemos arrodillarnos y ser agradecidos, seguros de que hemos sido elegidos para entrar por la puerta estrecha que nos conducirá al Cielo.

En el mundo hodierno, demostrar predilección por alguien significa colmarlo de honores y placeres; para Dios, sin embargo, eso no es así. La prueba del amor de Dios para con una persona son los sufrimientos que le envía, pues es en el crisol del dolor donde el alma se une a la Pasión redentora de Cristo y se hace uno con Él.

No tomemos, pues, las adversidades como un castigo o una venganza por nuestros pecados. Al contrario, incluso cuando soportemos merecidos sufrimientos, sepámos que han sido permitidos por la Providencia por amor y para nuestro bien. Aprovechémelos para progresar en la virtud y «estemos alegres en la medida que compartamos los sufrimientos de Cristo, de modo que, cuando se revele su gloria, gocemos de alegría desbordante» (cf. 1 Pe 4, 13).



De izquierda a derecha: San Pablo - Iglesia de San Pablo, Zaragoza (España); San Francisco de Asís - Monasterio de la Flagelación, Jerusalén; Santa Teresa de Jesús - Santuario de Nuestra Señora del Monte Carmelo, Barcelona; Santa Teresa del Niño Jesús vestida de Santa Juana de Arco en el Carmelo de Lisieux

Los mejores momentos de la vida...

Hay momentos en nuestra vida en los que las pruebas y las tentaciones sufridas parecen llevarnos a la deriva, como un barco perdido en medio de la tempestad en un mar embravecido. Son los mejores momentos, las mejores horas, donde Dios nos pone a prueba, permitiendo incluso que los demonios nos zarandeen mediante tribulaciones para intentar perdonos.



Así examina Dios a sus justos para que le ofrezcan un amor puro por Él, sin esperar retribución alguna, sintiéndose abandonados por Él mismo.

Si esto le pasa a usted, agradézcalo, porque ha sido elegido para entrar por la puerta estrecha que conducirá al Cielo.

Plinio Corrêa de Oliveira

Recurramos al auxilio del Cielo

Los santos brillan en el firmamento de la Historia porque fueron perseverantes y prepararon con entusiasmo la montaña del amor a Dios. En esta dura batalla de la vida recurramos, pues, a quienes ya combatieron el noble combate, guardaron la fe y recibieron de las manos del Señor, juez justo, la corona de gloria en la eternidad.

iSon nuestros hermanos! Sin duda, esperan ansiosos oír de nuestros labios una humilde petición de ayuda, una oración devota, un fervoroso acto de fe. Tan pronto como lo hagamos, ciertamente vendrán corriendo a nuestro encuentro y nos fortalecerán en las vías de la virtud.

Y si, aún así, nos llega a faltar el ánimo o nos asalta la duda, por intercesión de la Virgen Santísima lancémonos en los brazos de nuestro divino Redentor y abandonémo-



nos a sus omnipotentes cuidados y enseguida oiremos su dulce voz susurrando en el interior de nuestra alma: «No tengas miedo de los sufrimientos; yo estoy contigo».⁴ ♦

Los sufrimientos son la prueba del amor de Dios, pues es en el crisol del dolor donde el alma se une a la Pasión redentora de Cristo y se hace una con Él

Al lado, Simón Cirineo ayuda a Jesús a cargar con la cruz - Santuario de Częstochowa (Polonia). Arriba, Mons. João Scognamiglio Clá Días, EP, adorando la Santa Cruz en el Oficio de la Pasión del Señor, 14/4/2017

¹ CCE 358

² Cf. SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS. *Manuscritos autobiogra-*

phiques. In: Archives du Carmel de Lisieux. Œuvres de Thérèse:

www.archives-carmel-lisieux.fr.

³ Cf. LA VIDA DE SAN FRANCISCO DE

ASSÍ. Assisi: Minerva Assisi, 2014, pp. 21-49.

⁴ SANTA MARÍA FAUSTINA

KOWALSKA. *Diario la Divina Misericordia en mi alma*. Granada: Levántate, 2003, p. 102.



Garantía del triunfo de la Santa Iglesia

Le corresponde a San José restaurar en su esplendor la santidad en la Iglesia y en la sociedad. Si él es el Patriarca y Padre del Cuerpo Místico de Cristo, ¿cómo no esperar su ayuda, que es tanto más decisiva cuanto más necesaria?

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

A lo largo de los siglos el Señor «desplegó el poder de su brazo» (Lc 1, 51) contra sus enemigos enviando a hombres y mujeres providenciales que salvaron a su pueblo por medio de gestas admirables, en las cuales el factor sobrenatural siempre fue determinante. Sin embargo, en muchas circunstancias la omnipotencia divina vino precedida de una larga espera, hasta tal punto que el salmista exclama: «Despierta, Señor, ¿por qué duermes? Levántate, no nos rechaces más» (Sal 44, 24). Y cuando parece que todo está perdido entonces su intervención sobreviene de manera sorprendente, superando cualquier expectativa.

Un misterio similar ocurre con San José. Al estar dotado de toda clase de heroísmo y de audacia para defender a Jesús, en pocas ocasiones pudo exteriorizar en sus múltiples despliegues tales virtudes, ya que, frente al plan de la Redención, debía aceptar con obediencia y resignación el designio divino de la muerte del Salvador. Por así decirlo, inmoló espiritualmente a su hijo, consintiendo su holocausto para que se cumpliera la voluntad del Padre. Por este motivo esas cuali-

dades permanecieron en cierto modo recogidas durante su vida, pues si las hubiera usado en plenitud habría evitado la Pasión.

Pero al estar ya en el Cielo, el velo de penumbra que cubría su fuerza a los ojos de los hombres le fue retirado, revelándose progresivamente desde la eternidad el vigor del brazo de Dios por la intervención cada vez más clara y decisiva del santo Patriarca en los acontecimientos.

De hecho, al ser el más grande de los santos varones de la Historia, goza en la bienaventuranza de una audiencia especialísima y de un enorme poder de intercesión en favor de los que a él recurren. Por su estrecho vínculo con el Cuerpo Místico de Cristo, vela por todos sus miembros, protegiendo a los inocentes y obteniéndoles el arrepentimiento a los pecadores. Esta auténtica mediación en el orden de la gracia, la ejerce con generosidad, eficacia y dominio, mereciendo como nadie el título de Patriarca de la Iglesia Católica.

Patriarca y Padre

Cuando la Sagrada Escritura llama a alguien «patriarca» parece que quiere unir en una misma persona las

prerrogativas de un padre y la grandeza de un monarca. Al igual que Adán, Noé, Abrahán, Isaac o Jacob, el patriarca es, ante todo, el primero de un numeroso linaje. Representa para los suyos la propia paternidad divina y es capaz de dedicarse por entero a sus hijos para salvarlos, como Noé, que empleó su existencia en la construcción del arca y preservó, en medio de las aguas purificadoras del Diluvio, la vida de los escogidos de Dios.

Ahora bien, San José fue declarado oficialmente Patriarca y Patrón de la Santa Iglesia,¹ título que contiene un profundo significado, no descubierto aún a los ojos de todos los hombres. En efecto, su paternidad empezó cuando, al dar su consentimiento a la concepción del Hijo de Dios en el seno de María, recibió a Jesús como hijo suyo; y esa paternidad fue sublimada por el mandato divino de ser él quien impusiese el nombre al niño. Esta vinculación con el Verbo Encarnado lo pone en una relación muy estrecha con la Iglesia, pues, por el hecho de ser padre de Cristo, San José también lo es de su Cuerpo Místico, ya que no se puede separar la cabeza de los miembros.²

Por eso tiene para con cada uno de los bautizados una dedicación y un desvelo paternal muy intensos, intercediendo continuamente para que el sopló del Espíritu Santo los vivifique y los lleve a la perfección. Además, se preocupa, como buen padre, por las necesidades de todos, corrige sus defectos y pecados y los defiende de sus enemigos, sobre todo del demonio y sus insidias.

Igualmente se ha de añadir que el patriarca no sólo es un mediador, sino también el arquetipo de la familia a la cual gobierna. El Apóstol presenta a Abrahán como ejemplo del hombre de fe digno de ser imitado (cf. Heb 11, 8-13). Insindablemente por encima de él se encuentra San José, el cual, como observa el Dr. Plinio, es «el Patriarca de la sociedad por excelencia, la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, y el modelo de esta sociedad. Si quisiéramos conocer a un varón de quien pudiéramos decir “aquí está el católico apostólico romano perfecto” ese sería San José. Si lo viésemos de espaldas, caminando, nos arrodillaríamos y exclamaríamos: “Un católico es eso”. Todo el esplendor, toda la santidad, toda la belleza de la Iglesia; la maravilla de todos los santos que hubo, hay y habrá están simbolizados en San José. De lo contrario, no tendría la talla suficiente para ser el Patrón de la Iglesia Católica».³

En este sentido, se puede afirmar con seguridad que cuando la Iglesia necesitó una ayuda especial ante las dificultades y persecuciones, allí estuvo su Santo Patriarca como poderoso intercesor y singularísimo protector, infundiendo un ánimo irresistible a los soldados de la fe, para que se vencieran a sí mismos y derrotaran a los adversarios de su Hijo Jesucristo.⁴

La historia de una discreta, pero eficaz presencia

Una sintética retrospectiva de la Historia de la Iglesia, a la luz de la protección de San José —discreta a veces, pero siempre eficaz—, nos ayudará no sólo a comprender todo el bien que ha hecho, sino también a prever lo que aún realizará en el futuro grandioso que está reservado a los que esperan contemplar la manifestación del poder del Señor.

En los primeros siglos del cristianismo, bajo la cruel persecución del Imperio romano, la Iglesia, al igual que Nuestro Señor Jesucristo después de su nacimiento, fue desarro-

llándose cual frágil niña, continuamente amenazada. Incontables mártires vertieron su sangre como Jesús, no sin antes invocar al Patriarca de los justos, cuya devoción ya se estaba extendiendo. El patrón de la buena muerte los acompañaba hasta su último suspiro, inspirándoles actos de fe, esperanza y caridad.

Al contemplar los cuerpos inertes de sus hijos predilectos, San José debe haber suplicado la intervención de Dios, como narra el Apocalipsis: «Cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los degollados por causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantenían. Y gritaban con voz potente: “Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin vengar nuestra sangre de los habitantes de la tierra?”» (6, 9-10).

Cesadas las persecuciones gracias al decreto de Constantino, San José estuvo al lado de los confesores, que defendieron la pureza de la fe contra los innumerables y perniciosos errores que intentaban desvirtuarla. Debido a su integridad absoluta, San José se convirtió en el más implacable enemigo de la herejía. Observaba con indignación cómo las abundantes apostasías rasgaban la túnica inconsútil del Dominador de los tiempos, que las toleraba a la espera de una futura revancha.

Este desquite pudo verificarce, hasta cierto punto, con el florecimiento de la civilización cristiana, época de un gran perdón para la humanidad pecadora, donde Dios mostró su benevolencia hacia las naciones católicas al suscitar en ellas sacerdotes y reyes virtuosos; una era en que la sangre adorable de Cristo logró impregnar la vida social con el buen olor de la santidad.

Durante la Edad Media la fuerza de San José estuvo al lado de los mon-



San José, Patriarca de la Santa Iglesia Basílica menor del Oratorio de San José, Montreal (Canadá)

Representa para los suyos la propia paternidad divina y es capaz de dedicarse por entero a sus hijos para salvarlos

jes, dándoles ánimo y sabiduría para construir, al son de las armoniosas melodías del canto gregoriano y bajo la dulce férula de la Regla benedictina, una nueva civilización sobre las ruinas del Imperio romano. Acompañó los largos recorridos de los peregrinos penitentes, revistió de coraje a los cruzados y sustentó la realeza, la cual tuvo en San Enrique, San Luis y San Fernando —entre tantos otros— ilustres modelos de combatividad contra el mal y de celo por consolidar la justicia del Evangelio en todas las instituciones humanas.

Al acercarse el final de este período la teología comenzó a reflexionar con interés respecto de San José, haciéndolo que brillara, todavía tímida mente, en el firmamento de la piedad católica. Nacía así una devoción que se extendería cada vez más, aunque no siempre lograse abarcar las virtudes del santo Patriarca en su armo-

nioso conjunto. En efecto, no es raro pensar que la compasión excluye la justicia y, a veces, San José ha sido considerado sólo por uno u otro aspecto de su grandiosa personalidad.

En el declive de la Edad Media el gusano roedor del orgullo y de la sensualidad minaba el esplendoroso edificio construido por la Iglesia y la sociedad se fue dejando llevar por el ateísmo práctico, cayendo progresivamente en la indiferencia en relación con el mundo sobrenatural. No obstante, las alegrías terrenas no les dieron a los hombres todo lo que ellos deseaban y entonces comenzaron a sucederse guerras y revoluciones. La acción de San José durante esta fase seguramente consistió en promover la devoción al Corazón de su Sacratísimo Hijo, como remedio saludable. Sin embargo, las llamas de este Corazón, que debían encender las almas, fueron casi extin-

guidas por las olas del materialismo y de la vanidad.

En el siglo XIX el entusiasmo de los católicos por San José creció por todo el orbe. Surgieron cofradías, devociones y autores fervorosos que mucho escribieron sobre él, abriendo de forma prometedora los horizontes de la fe en relación con el santo Patriarca, que todavía era insuficientemente comprendido y amado. Eran tiempos precursores de grandes calamidades en el campo religioso, moral y social, y el patrocinio de San José debería ayudar a los buenos en los combates que tendrían que tratar en defensa del orden.

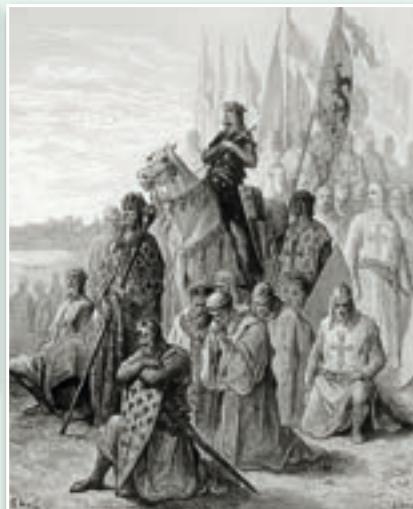
En 1917, durante la última aparición de la Virgen en Fátima, San José se apareció también, con el Niño Jesús en su brazo izquierdo, y juntos bendijeron a la multitud tres veces. María Santísima no quiso dejar pasar la ocasión para proyectar la figura



Reproducción

*Varón íntegro,
estuvo al lado de
los confesores, de
los cruzados y de
los monjes dándoles
ánimo y sabiduría*

A la izquierda, San Benito con sus monjes - Abadía de Monte Oliveto Maggiore (Italia); a la derecha, San Luis IX ante Damietta, por Gustave Doré



Reproducción

¹ Cf. BENEDICTO XIV. *De servorum Dei beatificazione et beatorum canonizatio-ne*. L. IV, p. 2, c. 20, n.º 57. In: *Opera Omnia*. Prati: Aldina, 1841, t. IV, p. 598). SAGRADA CONGREGACIÓN DE RITOS. *Decreto Quemadmodum Deus*; PÍO IX. *Inclytum Patriarcham*.

² Explica el P. Bover esta altísima unión: «De la misma forma que la maternidad espiritual de María en relación con todos los hombres no es sino el complemento y prolongación de la maternidad natural para con Jesús, así la paternidad de San José, que ejerció naturalmente en relación con Cristo, se prolonga de forma mística. Con razón, es necesario que la

autoridad y el cuidado paterno que San José ejerció en la Sagrada Familia, primer núcleo de la Iglesia, se extiendan maravillosamente a toda la Iglesia» (BOVER, SJ, José María. *De cultu S. Josephi amplificando. Theologica disquisitio*. Barcinone: Eugenius Subirana, 1926, pp. 49-50).

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 18/3/1977.

⁴ El P. Llamera, con base en la enseñanza del Doctor Angélico de que «ningún entendimiento bienaventurado está privado de conocer en el Verbo todo lo que está relacionado con el propio bienaventurado» (SANTO TOMÁS DE

de su esposo como uno de los protagonistas de los acontecimientos futuros que deben conducir a la humanidad, en medio de dramas tremendos, al Reino por Ella prometido. San José será pues el precursor de la Madre de Dios, que preparará los corazones para establecer esa era de paz y de gracia, y reinará con Ella y con su Hijo divino en todos los corazones.

En el momento presente

A San José le habían sido confiados Jesús y María, primicias de la Iglesia, en un mundo que yacía en una profunda crisis. El pueblo de la Alianza se encontraba minado por la mediocridad y esperaba un Mesías político que elevara su nivel de vida, lo eximiera de los impuestos y le diera el dominio sobre el orbe. Por otro lado, las demás naciones se encontraban sumergidas en las tinieblas del paganismo, habituadas a vivir en medio a una degradante brutalidad. Ahora bien, en manos del santo Patriarca estaba el Niño Jesús, cuya misión era salvar a los hombres e invertir esta situación, fundando la Santa Iglesia Católica.

El momento presente hace suponer que se va a empezar a manifestar, de manera cada vez más clara, la fuerza que tiene San José para intervenir en los acontecimientos, pues esta situación no se diferencia mucho de la decadencia en que estaba la humanidad cuando Nuestro Señor Jesucristo se encarnó, con el agravante de que ahora se ha dado la espalda a los frutos de



San José, Patriarca de la Santa Iglesia - Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, Roma

*Su intervención
se hace cada vez
más urgente, pues
le cabe restaurar
en su esplendor la
santidad en la Iglesia
y en la sociedad*

su preciosísima sangre, con todo lo que eso significa, según afirma el Apóstol en la Carta a los hebreos: «Crucificando de nuevo al Hijo de Dios y exponiéndolo al escarnio» (6, 6).

La tierra entera sucumbe ante un nuevo paganismo, peor que el anti-

AQUINO. *Suma de Teología*. III, q. 10, a. 2), concluye acerca de San José: «A la perfección de cada uno de los bienaventurados dice relación todo aquello que adquirió por la caridad y méritos diversos, especialmente los adquiridos en sus ministerios y oficios peculiares mientras vivió en la tierra. Considerando, pues, de un lado, el grado excellentísi-

mo de la caridad de San José y, de otro, su singular ministerio, se sigue la afirmación de su universal patrocinio; universal ciertamente, primero, por la facultad de socorrer a todas las necesidades, tanto espirituales como materiales, de los hombres; segundo, por la extensión de su protección y ejemplaridad a todas las personas de cualquier estado, cla-

se y posición social que sean» (LLAMERA, op. cit., p. 316).

⁵ Así califica el Papa Pío XI la providencia e intercesión de San José: «Se dice y se observa esta palabra “omnipotente” al hablar de la intercesión de María Santísima, pero nos atrevemos a afirmar que, antes aún, es necesario aplicarla a San José. [...] Esta interce-

guo, donde se cometan crímenes de una violencia que clama a los Cielos: la inocencia de aquellos niños que no son asesinados en los vientres de sus madres se pierde tan pronto como es posible; la amoralidad reina en la mayoría de los corazones; la injusticia, el ateísmo y el pragmatismo dominan la casi totalidad de las leyes y las costumbres; en síntesis, el mundo ha tocado, por decirlo así, el abismo más profundo de la bajeza.

Por eso la devoción a San José, como Patriarca y Padre de la Iglesia, debe ocupar un lugar destacado en la piedad católica. Su intervención se hace cada vez más urgente, pues le cabe restaurar en todo su esplendor la santidad en la Iglesia y en la sociedad. Si él es el verdadero defensor de la Esposa de Cristo, ¿cómo no esperar su ayuda, que es tanto más decisiva cuanto más necesaria? Confiamos en su paternal providencia y omnipotente intercesión⁵ a favor del Cuerpo Místico de su Hijo Jesús.

Su amorosa protección es también una auténtica garantía del triunfo final de la Santa Iglesia anunciado por el profeta: «Alegrémonos y gocemos y démosle gracias. Llegó la boda del Cordero, su esposa se ha embellecido» (Ap 19, 7). ♦

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: «San José: ¿quién lo conoce?...». Madrid: Salvadme Reina de Fátima, 2017, pp. 409-422.

sión no puede menos que ser omnipotente, pues ¿qué pueden negarle Jesús y María a San José, a quienes él consagró literalmente toda su vida, y que, en realidad, le deben los medios de su existencia terrenal?» (PÍO XI, *Alocución*, 19/3/1938).

Cólera y misericordia

A lo largo de la Historia hay momentos en los que la misericordia de Dios reluce con un candor que nos encanta; en otros, sin embargo, irradia su cólera majestuosa... ¿Cuál es el sentido de esa alternancia?

Plinio Corrêa de Oliveira



Si en día hermoso nos adentramos en bosques cuya vegetación no está muy copada y miramos al suelo veremos sombras y luces.

En cierto momento un chorro de claridad, que ha conseguido abrirse camino en medio del follaje, ilumina intensamente una piedra, un insecto, una hoja seca, los cuales se vuelven preciosos porque sobre ellos ha caído ese haz luminoso. En medio de un archipiélago de luces, no ob-

tante, se forma una tracería de sombras a veces tan profundas que aún se ve algo del musgo de la noche en pleno mediodía. El sol está en su auge, pero las hojas impiden la entrada de sus rayos.

El suelo del bosque aparece lleno de colorido y percibimos que en ello existe una ordenación, un sentido, una razón. Pero si no miramos hacia arriba, no descubriremos cuál es.

También en la Historia es así. Quien no conoce el ramaje de lo

alto, jamás sabrá explicar los dibujos de abajo.

Alternancia entre castigo y bondad

Al analizar la acción de Dios en la Historia nos damos cuenta de que hay magníficas alternaciones de misericordia y de santa cólera; y ambas nos encantan. ¿Cuál es el sentido de esa alternancia? ¿Podemos captar el punto de vista desde el cual se distribuyen la cólera y la indignación o saber cuándo nos estamos acercando a éstas o a la misericordia?

En este valle de lágrimas, estando en el apogeo de la misericordia se nos puede plantear una asombrosa indagación: «¿Cuánto tiempo durará? ¿Hasta cuándo esa bondad seguirá mis pasos, tolerando mis infidelidades?».

Y en la cúspide de la prueba puede despuntar en nosotros una pregunta llena de esperanza: «¿Hasta dónde irá esta prueba? ¿No va a venir enseguida el día de la misericordia? Quién sabe si al doblar la esquina, al pasar una página de un libro, al rezar la siguiente cuenta del Rosario, al re-



Chandan Singh (CC by 2.0)

Dios les concedió todas las «antitoxinas», aunque permitió que el «animal tóxico» les mordiera

Naja fotografiada en la India



Expulsión de los mercaderes del Templo, por Giotto di Bondone - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)

cibir la comunión de hoy, no se presentará el momento de la misericordia...». A veces, la misericordia llega sin hora señalada: no percibimos que se acerca y, de repente, nos sentimos inundados por ella. Y todo a nuestro alrededor se vuelve suave.

¿Cómo coger el hilo del asunto de modo que estemos fuera del ovillo de la justicia y dentro de la maraña de la misericordia? ¿Cómo descifrar esto a nuestros pobres ojos de mortales?

Acariciado por Dios en la brisa de la tarde

La clave del enigma está en algo más profundo. Figurémonos las bellezas del paraíso terrenal. Podemos imaginar lo que la naturaleza paradisíaca tenía de embriagador, de recto, de apropiado a erguir y elevar al auge todas las inocencias.

Por otra parte, existía el paraíso interno del hombre. Su alma inocente, al pasear por el Edén, entraba en comunicación con todo cuanto era santo, bueno, verdadero y bello.

Por la tarde soplaban la brisa y Dios iba a conversar con Adán.

*A cierta altura,
la misericordia
se condensa
en justicia y
Dios pasa
a ser justo sin
misericordia*

Tanto como nuestra inteligencia humana limitada por el pecado original puede entrever, o bien Él se manifestaba a Adán directamente —pero socorriéndolo, mísera criatura en las manos del Creador, para que no desfalleciera—, o bien, por el contrario, sin mostrarse lo ayudaba a considerar todas las cosas: algún pobre rubí tirado en el suelo, un pájaro de oro, un águila que parecía hecha de esmalte, un colibrí más de-

licado y dulce que todos los colibrís de la tierra.

Adán miraba todo aquello encantado y el Creador le soplaba al oído: «Este ser me explica de esta manera; aquel, de tal otra». Y Dios, cuya ciencia es infinita, penetraba hasta el fondo de su alma, veía sus reacciones, las amaba y las producía, una tras otra, con la complacencia con la que un artista talla una piedra y va componiendo una joya. El Altísimo formaba así la mentalidad de Adán, el primer hombre, en el cual estaba contenido todo el género humano. Pode mos imaginarnos muy bien la ternura de Dios para con él.

Sin embargo, hubo un momento arcano en el que lo admirable cambió de color y pasó de luminoso a misterioso. Y, si acaso esto se puede decir de Dios, éste se apartó de su obra maestra, se distanció y dejó a Adán solo.

El Creador da paso al Juez

El Creador permitió entonces que el demonio, ente inmundo, leproso, execrable, infame, penetrara en el paraíso simulando ser una serpiente y tentara a Adán y a Eva.

Es seguro que en el momento de la tentación Dios continuó ayudándolos y les dio una protección incluso generosa, pero no tan grande hasta el punto de impedirles que pecaran. Para usar una imagen propia a esta tierra, les concedió todas las «antitoxinas», aunque permitió que el «animal tóxico» les mordiera.

En ese instante, se diría que las caricias cesaron y el Juez entró en escena. De repente una distancia infinita se hizo sentir entre Dios y los dos; el drama comienza a desarrollarse.

Hasta la víspera, en la hora de la brisa de la tarde el Creador tomaba el alma de Adán y, por así decirlo, la besaba, estimulaba. En aquel día, la mira sin manifestar complacencia; está juzgando: «¿Quién es este y cómo actuará contra mí? Llegó el

momento en que le voy a pedir cuentas de todo lo que le he dado».

Sin desaparecer de la escena y actuando todavía, la misericordia quedó a un lado. En el otro, el furor empieza a armarse bajo la forma de una simple expectativa: «¿Qué va a salir de este hombre?».

La misericordia se condensa en justicia

A medida que el hombre va cediendo, toda la misericordia que se le ha dispensado se levanta ante Dios y clama justicia: «Te he dado esto, he hecho esto otro, te he enseñado, explicado, acariciado, en tal día y en tal otro. Ahora quiero saber qué provecho sacas de todo eso. Entra en mi presencia y actúa. Ha llegado el momento de que pagues lo que recibiste. Más aún, por lo mucho que te he dado, te exijo poco; pero lo poco que te reclamo tiene este corolario: iquiero todo lo que estoy reivindicando!».

A cierta altura, la misericordia se condensa en justicia. Y Dios, porque ha sido misericordioso más allá de la justicia, pasa a ser justo sin misericordia: «Ahora voy a sentenciar!».

La cólera acumulada cae de golpe en el momento en que el primer hombre consuma el pecado. Aunque parezca estar loco es, de hecho, plenamente responsable. Adán, que conversaba con Dios, fue tentado y le prestó atención al demonio... ¡Llega el juicio! Cometida la falta, la justicia no se retrasa ni un instante! Casi podría decirse que a medida que el pecado va hinchiendo a Adán, la justicia va entrando en él.

Empieza a sentir perturbación, inseguridad, malestar. Eva también. ¡Ambos están quebrados, destrozados! Y el pecado se extiende como una sombra sobre todos los que des-



Gustavo Kralj

Descenso de Cristo al Limbo - Iglesia de Santa María Novella, Florencia (Italia)

Esperar cinco mil años... Finalmente, el Salvador aparece radiante y les explica: «Tuve que morir para salvaros»

cenderán de ellos, es decir, el género humano hasta el fin de los tiempos.

Todo queda alcanzado por una cólera tan terrible que Dios Padre —cuyo plan, según afirman algunos teólogos, era que el Verbo se encarnara para la alegría de la naturaleza humana y gloria de la Creación, independientemente del pecado— somete a su propio Hijo al tormento de la Pasión y la muerte de cruz, para reparar aquella falta.

Dios le pide a su Hijo que derrame toda su sangre

Hubo después milenarios y milenarios de misericordia, intercalados de manifestaciones de justicia. Basta pensar en estos dos grandes actos de justicia: la expulsión de Adán y Eva del paraíso y la exigencia de la sangre de Cristo para redimir al género humano.

Una gota de sangre infinitamente preciosa de Nuestro Señor daría para rescatar al género humano. No obstante, el Padre quiso que Jesús la derramara por completo; y de tal modo que cuando no quedaba sino una mezcla de agua y sangre en su sagrado cuerpo viene el centurión Longino y lo traspasa con una lanza, alcanzando enseguida el corazón, el símbolo del amor. ¡Hasta ahí llega el golpe asesinado por los hombres! Y aún salió una especie de linfa, que es la última gota redentora.

Se podría decir: «A fin de cuentas, está todo pagado!». Tendría mérito para estarlo; y para ello habría bastado la circuncisión. Pero si el Niño Jesús se hubiera herido en un rosal, igualmente una gota de su sangre preciosa habría rescatado al género humano y aplacado la cólera de Dios. Aunque Él quiso más.

A pesar de que la Redención obra por Nuestro Señor Jesucristo tuvo un mérito infinito, Dios quiso que hubiera una confianza-redentora: Nuestra Señora, que era inmaculada, sufrió con confianza todos los dolores, todos los tormentos, para ayudar a redimir al género humano. Pero todavía hay más. En la Misa el sacrificio de la cruz se renueva para la humanidad ya rescatada y así continuará siendo hasta el fin del mundo.

Ante estas consideraciones podríamos preguntarnos: ¿qué tamaño tiene la cólera divina? Por así decir-

lo, nos hace perder el habla... Sin embargo, cabría acrecentar aún: ¡y el de su misericordia? En efecto, Dios mantiene su designio. Sujeta a todos los hombres al pecado original, pero exime de él a la Santísima Virgen para poder salvarlos. Vemos cómo la misericordia se explaya a perder de vista; y también la justicia.

Nuestro entendimiento se queda abismado cuando mira hacia la misericordia y lo mismo ocurre cuando considera la justicia. Exclamamos: «Pero, Señor, itanta misericordia!». Y enseguida: «Pero, Señor, itanta justicia!». Esto es porque somos muy pequeños. Deberíamos, en realidad, decir: «¡Señor, qué infinito sois en vuestra misericordia e infinito en vuestra justicia!».

La misericordia de Dios para con Adán y Eva

Adán y Eva pasan a la tierra y entonces comienza la historia de los hombres. Sucede el episodio del fratricidio de Abel por Caín y todo lo demás. Eva ve a su hijo asesinado por otro hijo suyo. No conocía la muerte y empieza conociéndola ante el rostro de su hijo predilecto.

Después, viene una misericordia abrumadora! Mueren en estado de santidad, con virtud heroica. Pueden ser llamados San Adán y Santa Eva! Pero esperarán en el limbo cerca de cinco mil años, hasta que llegue el Salvador. Esperar cinco días... ¡qué terrible! A menudo, esperar cinco minutos es un horror. ¿Podemos imaginar qué significan cinco mil años de espera?

Finalmente, el limbo es recorrido por un estremecimiento, todos sienten que el Salvador vendrá. Aún antes de la Resurrección el alma de Nuestro Señor Jesucristo entra allí. Y, una vez más, contemplan la muer-

Francisco Leceras



La Virgen y el Niño con varios santos - Catedral de Santa María de la Asunción, Barbastro (España)

María Santísima ha tomado por nosotros toda clase de partido, realizado arreglos, bondades e industrias

te: «Entonces el Salvador está sujeto a la ley de la muerte...». Aparece radiante y les explica: «He tenido que morir para salvarlos».

Percibimos, pues, las olas de la justicia y las olas de la misericordia en el alto mar de los designios de Dios. No tenemos idea, por así decirlo, de la violencia de esas alternativas. Podemos imaginar a Adán y Eva, los cuales se sabían perdonados, exclamar de modo desgarrador: «¡Has-

ta entonces!... ¡Hasta entonces!...».

¡Jesús resucita! Y cuando el Redentor sube al Cielo, los lleva consigo. Al entrar en la mansión celestial para gozar de la felicidad eterna, Adán y Eva son venerados hasta por los ángeles: «¡Estos son los padres del género humano, los antepasados de Nuestro Señor!».

Todo eso comenzó en el paraíso terrenal, con la entrada de la serpiente. Comprendemos, por tanto, la vastedad del panorama y cómo Dios es más grande que nosotros.

En la hora del castigo, basta no romper con la Virgen

¿Y Nuestra Señora?

Con Ella viene a nosotros el *lumen* de la esperanza. El amor materno es el símbolo más sensible del amor de Dios. Más que el propio amor paterno.

Ahora bien, mientras el hijo no rompe enteramente con su madre, no efectúa una de esas rupturas que quitan toda esperanza, la madre conserva cualquier idea preconcebida por su hijo. Aunque tenemos —ilametadamente!— infidelidades, gracias a Nuestra Señora no rompemos con Ella. María Santísima ha tomado por nosotros toda clase de partido, realizado arreglos, bondades e industrias. De modo que podemos esperar.

¡Ay de quienes rompen con Ella! Porque el castigo será peor que el merecido por la ruptura con el Padre. Dice la Sagrada Escritura: «La bendición del padre afianza la casa del hijo; pero la maldición de una madre la destruye desde sus cimientos» (Eclo 3, 11). ♦

Extraído, con adaptaciones, de la revista «Dr. Plinio». São Paulo. Año XIV. N.º 154 (ene, 2011); pp. 24-27.

«*Su gloria se verá sobre ti»*

La vida de esta santa abadesa nos invita a adoptar una actitud de agradecimiento ante el afecto divino que desciende sobre nosotros. Al no encontrar obstáculos de nuestra parte, el Padre celestial hará que su gloria se vea en nuestras almas.



Hna. Angelis David Ferreira, EP

Quien visita la bulliciosa ciudad de Bolonia encuentra en ella numerosos palacios y edificios históricos, algunos de los cuales albergan su antigua y renombrada universidad. Pero también se topa con una capilla minúscula y afable, cerca del centro urbano, donde desde hace más de cinco siglos se halla sentada la abadesa del monasterio Corpus Domini.

Ante ella se arrodillan reyes, religiosos o simples personas del pueblo, encantados de poder venerarla a poca distancia. En la extensa lista de ilustres personajes que por allí han pasado hay algunos nombres que nos llaman especialmente la atención: San Carlos Borromeo, San Juan Bosco, Santa Teresa del Niño Jesús.

Ahora bien, ¿quién es esa abadesa tan solícita que a todos aún hoy acoge con bondad? ¿Y cuál es el motivo por el que está sentada ahí hace tanto tiempo?

Vida en la corte e ingreso en la vida religiosa

Nacida en la propia Bolonia, el 8 de septiembre de 1413, hija de Juan de Vigri, noble caballero de la corte

de Ferrara, y de Benvenuta Mamolini, Catalina, inteligente y vivaz, era ya desde muy temprano el blanco de la admiración de las personas de su entorno a causa de la generosidad y la firmeza con las que se encariñaba con las cosas del Cielo en preferencia a las del mundo.

A los 9 años pasó a vivir en la corte de Ferrara, al ser nombrada dama de honor de la princesa Margarita de Este. Allí pudo estudiar literatura, poesía, música y pintura, revelando excelentes dotes artísticas, las cuales puso en práctica con singular falta de pretensiones. Esta es la razón por la que se convirtió en la patrona de los artistas.

Cuando tenía 13 años, habiendo fallecido su padre y sintiéndose atraída por la vida religiosa, se unió a una comunidad creada por unas nobles mujeres de la ciudad. No obstante, al cabo de cinco años dicho grupo se disolvió, pero Catalina y dos compañeras más formaron otro, regido por la espiritualidad de San Francisco de Asís.

Tres años más tarde, en 1432, el provincial de los Franciscanos las colocó bajo la primera Regla de Santa Clara. Se habían convertido en hi-

jas de la Dama Pobreza y, como tal, le corresponderá a la joven Catalina ejercer las más diversas funciones: sería maestra de novicias, aunque también portera y panadera.

Sobre el desempeño de este último oficio, sor Illuminata Bembo, cotéanea de la santa, cuenta un episodio pintoresco. Un día hubo una predicación en el monasterio y Catalina no quería faltar a ella; cuando llamaron para ir a la iglesia acababa de amasar el pan, entonces diciendo «te confío a Cristo» lo puso en el horno y salió para oír el sermón. Los sucesivos actos religiosos se prolongaron más de cuatro horas. Al volver para retirar el alimento, mientras que las demás monjas pensaban que ya estaría completamente quemado, lo encontró bien cocido y sabroso. Al percibir que se trataba de un milagro, enseguida todas quisieron probar ese pan.

Como soldados en el campo de batalla

Como maestra de novicias, Santa Catalina dejará un importante tratado de vida espiritual, que, siglos más tarde, continúa siendo útil, no solamente para las religiosas, sino para

todos los que anhelan seguir el camino de la perfección.

En las primeras páginas de ese libro, titulado *Las siete armas espirituales*, así describe la vida de un cristiano: «Al principio y al final de esta batalla se ha de pasar por el mar tempestuoso, es decir, por muchas y angustiantes tentaciones y acérrimas batallas».¹ Y para ayudarnos a vencer en esta lucha, añade: «Os presentaré inicialmente algunas armas para que podáis combatir con eficacia la astucia de nuestros enemigos. Pero es necesario que quienquiera que desee librarse de esta batalla no deponga las armas, ya que los enemigos no duermen nunca».²

Santa Catalina concebía la vida religiosa como la de un soldado en el campo de batalla que lucha con coraje ante el enemigo. Por eso anima a las religiosas de su comunidad con palabras como estas: «Queridísimas hermanas, la dote que Cristo Jesús desea de vosotras consiste en que seáis valientes en las batallas, es decir, fuertes y constantes en los combates».³

Sin embargo, no fueron únicamente sus dotes de piadosa escritora lo que pudieron apreciar las novicias de Ferrara. Una de ellas, que más tarde tomaría el nombre de Cecilia, acometida por una horrible tentación y fuertes ataques del demonio, se acercó a Catalina para pedirle su auxilio. Esta la bendijo y la joven, al sentirse de inmediato libre del enemigo infernal, le preguntó qué palabras había dicho. Entonces le reveló la fórmula que había usado: «¡Jesús, María, Francisco, Clara! El Señor tenga piedad de ti, te bendiga y te ilumine; vuelva a tí tu rostro y te dé, oh Cecilia, su santa paz. Así sea».

Un beso del Niño Jesús

En la Navidad de 1445, Santa Catalina de Bolonia le pidió a su superiora permiso para pasar aquella noche en oración. Deseaba rezar mil avemárias en honor de la Madre de Dios.

A medianoche se le apareció la Santísima Virgen con el Niño Jesús estrechado junto a su pecho. Acto seguido Nuestra Señora depositó al divino Infante en los brazos de la santa, de cuyo corazón brotaron ardientes actos de afecto y ternura. Los labios virginales de la religiosa tocaron el rostro del Niño, el cual, en retribución por el amor de su esposa, también le obsequió con otro beso.

Cuenta la tradición que la marca blanca que quedó en el cuerpo incorrupto de Santa Catalina sería el sitio exacto en el que Jesús le había colmado de cariño con aquel beso. En recuerdo de ese hecho, hasta hoy los boloneses guardan la tradición de, en la víspera de la Navidad, rezar mil avemárias.

En otra ocasión, le sobrevino un profundo y persistente sueño durante una Misa. Pero mientras luchaba contra sí misma para resistir a la dificultad y suplicaba el auxilio divino, el sacerdote empezó a cantar el *Sanctus* y entonces resonaron en sus oídos extraordinarios cantos angélicos. Catalina temió que su alma dejara el cuerpo en ese instante.

Serenidad y confianza a toda prueba

Durante el período que estuvo en Ferrara recibió muchas gracias místicas, pero también fueron numerosas las pruebas espirituales a las que se enfrentó. Así lo dejó demostrado en una de las oraciones estampadas en el mencionado libro: «Dulcísimo Señor mío, Jesucristo, por esa infinita e indecible caridad que te llevó a ser atado al cruel tormento de la columna y soportar ásperos y duros golpes de vuestros enemigos para mi salvación, te ruego me des tanta fortaleza que con tu gracia pueda vencer y con paciencia aguantar esta y todas las demás batallas».⁴

Hallándose durante ese período perturbada por tentaciones del demonio, Santa Catalina rezaba día y noche suplicando que la luz divina incidiera sobre ella, hasta que, una noche, se le apareció Santo Tomás de Canterbury, vestido con ropas pontificales. El santo permaneció en oración un tiempo, tras el cual se acostó y se recogió en profundo sueño. Enseguida se despertó y se puso a rezar nuevamente, para luego acercarse a la santa y ofrecerle las manos, las cuales devotamente besó.

La visión significaba que por muy grandes que sean las pruebas su actitud debería ser siempre la de rezar y entregarse en las manos de Dios con

serenidad y confianza. Este consejo Catalina lo comprendió y observó íntegramente a partir de aquel momento.

Abadesa de un nuevo monasterio

Al ser erigido en Bolonia un nuevo monasterio de su Orden, Catalina fue enviada allí como abadesa.



Muchas monjas pensaron que el pan ya se habría quemado, pero ella lo encontró bien cocido y sabroso

Santa Catalina saca el pan del horno - Museo della Santa, Bolonia (Italia)

Regresaba así a su tierra natal, donde será recordada para siempre.

El 22 de julio de 1456 se convertía en un punto de referencia para aquella ciudad. Las autoridades eclesiásticas y civiles, como también el pueblo llano, recibieron con gran deferencia a las fundadoras del nuevo convento, en el cual Santa Catalina viviría durante siete años, hasta el momento en que fue llevada de esta tierra. Junto con ella estará también su madre, la cual, siendo viuda, terciaria franciscana y enferma, había sido acogida por las monjas como religiosa.

Ese mismo día en el que emprendieron el viaje a Bolonia, por la mañana, la santa se había despertado sintiéndose muy mal, hasta el punto de no conseguir mantenerse sentada sola, y menos aún andar. Tan grave era su estado que se temía que la nueva superiora muriera antes de que pudiera asumir el cargo...

El trayecto de Ferrara a Bolonia en aquella época se hacía por vía fluvial. Inexplicablemente Catalina recobró las fuerzas al entrar en la barca y cuando llegó al monasterio estuvo atendiendo a numerosas personas durante tres días de un modo tan celoso que todos quedaron admirados, sin imaginar que hacía poco había estado enferma.

Como abadesa en Bolonia, acogió a incontables vocaciones y obró muchos milagros. Uno de ellos ocurrió en el huerto: una monja estaba trabajando allí cuando se dio con la azada un golpe tan fuerte en el pie que se lo amputó... Inmediatamente Santa Catalina salió en socorro de la desafortunada y con toda serenidad unió el pie herido al cuerpo e hizo sobre el empeine la señal de la cruz: al instante la hermana hortelana

se vio curada y ni le quedó rastro del corte ni cicatriz alguna.

Después, mirando compasivamente a la agraciada, la santa abadesa le dijo: «Hijita, te entrego este pie. Cuídalo en adelante como si fuera mío y no lo lastimes más».⁵

Un poco más de tiempo de vida obtenido por las religiosas

Las penitencias, el trabajo y las luchas contra el demonio debilitaron su salud. Santa Catalina estaba convencida de que el momento de su marcha de este mundo no tardaría mucho en llegar, pero sus hijas espirituales, si bien resignadas a los planes divinos, redoblaron las oraciones y súplicas pidiendo al Cielo que la dejara más tiempo con ellas.

Por aquella época había en el monasterio una niña de 12 años, llamada Rosa Magdalena. Entró en religión dos años antes y, por su inocencia, reconocía y admiraba las virtudes de la abadesa. Por eso trató a toda costa de conseguir servirla como enfermera, lo que incluía lavarle los pies. Lo hizo con toda la reverencia de una hija; al terminar el servicio cogió los pies y los besó con profunda veneración.

Santa Catalina, en su humildad, le prohibió que repitiera ese gesto,

a lo cual la niña, anteviendo el futuro, le respondió: «Madre mía, usted me puede prohibir esto mientras viva en esta tierra; pero no podrá impedírmelo cuando de todas partes del mundo vengan los fieles devotos a visitarla y, con profunda veneración, se arrodillen para besar sus pies».

Como la enfermedad de Santa Catalina seguía empeorando le administraron los últimos sacramentos. Estando en tal mal estado, casi en agonía, la abadesa entró en éxtasis y tuvo una visión: se encontraba en un extraordinario jardín, adornado de múltiples y bellísimas flores. Delante de ella había un trono fulgurante como el sol, en el cual estaba Jesús, flanqueado por los diáconos San Vicente y San Lorenzo, y rodeado de ángeles.

A la derecha del trono se encontraba un arcángel, probablemente San Gabriel, que tocando la giga cantaba: «*Et gloria ejus in te videbitur – y su gloria se verá sobre ti*» (Is 60, 2). Con un gesto de mano, el Redentor le ordenó a la virgen que se acercara y le explicó el significado más profundo de esas palabras, referentes a ella misma. Le reveló, además, que aunque había llegado el momento de que su alma subiera al Cielo, las oraciones de sus hermanas de vocación

le obtuvieron un poco más de tiempo de vida.

Al volver del arroamiento, se restableció en Catalina la robustez. Y al narrar a las religiosas lo que había visto, imitó tanto como le fue posible el canto del arcángel, dejando a las oyentes estupefactas de admiración.

Suave tránsito tras los últimos dolores

A finales de febrero de 1463, la santa abadesa reconoció que se aproximaba verdadera-



Gracias místicas y milagros, pero también numerosas pruebas, formaron parte de la vida de la santa

Antiguos grabados que representan el beso del Niño Jesús y la curación de la hermana hortelana

mente su fin. Le había acometido una fiebre altísima, dolores en el pecho y jaqueca, además de sufrir una hemorragia.

El 9 de marzo, en torno a las dos de la tarde, pidió que fuera un sacerdote para confesarla y le administrara el viático y la extremaunción. Después les dijo unas últimas palabras a sus hijas espirituales y les entregó el libro *Las siete armas espirituales*, que hasta entonces no había sido revelado. Tenía 49 años de edad y 32 de vida consagrada. A continuación, repitiendo tres veces el dulce nombre de Jesús, voló al encuentro del Cordero.

Mientras las hermanas enterraban el cuerpo en el cementerio del monasterio, un misterioso y suave perfume empezó a salir del lugar, impregnando los alrededores. No había árboles ni hierbas, ni siquiera flores, y milagrosamente el aroma fue intensificándose con el paso de los días. Personas con enfermedades incurables comenzaron a recuperar completamente la salud y tres niños muertos regresaron a la vida.

Obediencia hasta después de la muerte

En esa época, la costumbre de las Clarisas no permitía que las hermanas fueran enterradas en un ataúd. Las religiosas, no obstante, al percibir las lamentables consecuencias que eso acarrearía para la preciosa reliquia, pidieron autorización para que, ya en el decimoctavo día, exhumaran el cuerpo de la abadesa a fin de depositarlo en una urna.

He aquí que lo encontraron en perfecto estado. Sólo la cara se había dañado con el peso de la tierra, pero poco tiempo después volvió milagrosamente a recomponerse. Tras ser examinado por los médicos, quedó expuesto para la devoción de los



En Santa Catalina de Bolonia la Divina Providencia depositó admirables dones

El cuerpo incorpuro de la santa, expuesto en la capilla del monasterio Corpus Domini, Bolonia (Italia)

fieles durante seis días, hasta que lo depositaron en una cripta debajo del altar.

En 1475 se decidió que las reliquias serían expuestas en una capilla lateral de la iglesia que pertenecía al monasterio. Sin embargo, surgió un problema: el sitio destinado para acogerlas era demasiado pequeño. La superiora de entonces no lo pensó dos veces y le mandó a Santa Catalina que se sentara, cuya orden acató el cadáver eximamente. De tal modo vivió lo que había enseñado que hasta con el alma separada del cuerpo supo ejecutar lo se le requería.

A mediados del siglo pasado, una urna de vidrio fue construida para su protección. El cuerpo, infelizmente, quedó ennegrecido con el paso de

los años debido a la incuria de los primeros devotos, quienes ponían en sus vigilias de oraciones lámparas de aceite y velas votivas muy cerca del cuerpo de la santa.

Hagamos que se vea en nosotros la gloria de Dios

En Santa Catalina de Bolonia la Divina Providencia depositó admirables dones, entre los cuales sobresale su docilidad en dejarse amar por Dios. Esta actitud llena de admiración hizo que fuera posible aplicar con tanto éxito, en beneficio de las almas, los insignes talentos humanos y espirituales con los que había sido adornada.

Contemplar la vida de esta santa abadesa nos invita, principalmente, a adoptar una actitud de agradecimiento ante el afecto divino que desciende sobre cada uno de nosotros. Al no encontrar obstáculos de nuestra parte, el Padre celestial nos transforma y santifica, haciendo que se vea en nuestras almas la suya, finalidad última de nuestra existencia.

No podemos terminar, por tanto, estas líneas sin unirnos, aunque sea en espíritu, al innumerable cortejo de devotos que acuden a besarle sus pies. Y al hacerlo pidámosle que su ejemplo e intercesión nos ayude a corresponder, con una fidelidad en todo semejante a la de ella, a los torrentes de cariño que emanan del Corazón de Jesús. ♦

¹ SANTA CATALINA DE BOLONIA. *Le Sette Armi Spirituali*. Bologna: Monasterio del Corpus Domini, 2006, p. 3.

² Ídem, ibidem.

³ Ídem, p. 57.

⁴ Ídem, p. 26.

⁵ MONASTERIO CORPUS DOMINI. *Santa Caterina da Bologna. Dalla corte estense alla Corte Celeste*. Giorgio Barghigiani: Bologna, 2001, p. 42.



¡Muerte al Nazareno!

Al escribir «muerte al Nazareno», las turbas dejaron que rebosara su odio total a la Santa Iglesia. ¿Cómo reaccionar ante los satánicos gritos que claman nuevamente por la crucifixión de Cristo?

P. Fernando Néstor Gioia Otero, EP



Fs emotivo leer en los Santos Evangelios cómo Poncio Pilato, cuando presenta a Jesús ante el pueblo, afirma solemnemente: «He aquí a vuestro rey» (Jn 19, 14). No obstante, la respuesta del populacho —incitado por la actitud de los sumos sacerdotes e impulsado por una manifiesta acción demoníaca— fue un grito unánime: «¡Fuera, fuera; crucifícalo!» (Jn 19, 15).

Había llegado el momento esperado por los fariseos, que no aceptaban los milagros del divino Maestro, ni su poder para expulsar demonios, ni sus santas enseñanzas; por eso tramaron la muerte de quien era «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14, 6), el Redentor esperado, el Salvador del mundo.

«Decidieron darle muerte»

La actitud de aquella gente era incomprensible desde el punto de vista humano.

Jesús había afirmado, con una bondad jamás vista hasta entonces: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humil-

de de corazón» (Mt 11, 28-29). Enseñaba con autoridad (cf. Mc 1, 27) y hacía prodigios tan estupendos que «nunca se ha visto en Israel cosa igual» (Mt 9, 33).

Con ocasión de su entrada en Jerusalén un gran gentío aclamaba: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (Mt 21, 9). Sin embargo, pocos días después, en el pretorio de Pilato, esa misma muchedumbre vociferaba: «¡Crucifícalo, crucifícalo!» (Lc 23, 21). ¿Cómo era posible que se diera tal cambio en tan poco tiempo?

En realidad, hacía mucho que los fariseos tramaban contra Jesús. Tras curar a un hombre que tenía una mano paralizada, planearon el modo de acabar con Él (cf. Mt 12, 10-14). Después de su visita a la sinagoga de Nazaret intentaron despeñarlo desde lo alto del monte (cf. Lc 4, 29). Pero el auge del rechazo ocurrió ante el milagro de la resurrección de Lázaro: «aquel día decidieron darle muerte» (Jn 11, 53).

El odio de los pontífices y sacerdotes era tal que también quisieron matar a Lázaro, porque era una prueba contundente de ese insólito suceso.

Ejemplo y aviso para el presente

La Historia es «testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir»,¹ dice el célebre Miguel de Cervantes. Según esta expresión, lo que le sucedió a Jesús de Nazaret nos sirve como «testigo de lo pasado» y puede sernos útil también como «aviso de lo presente» y «advertencia de lo por venir».

El pasado mes de noviembre tuvimos la oportunidad de comentar con nuestros lectores cómo la creciente ola de actos anticristianos ocurridos en los meses anteriores conformaba una verdadera «pandemia revolucionaria anticristiana».² En las semanas siguientes, relevantes noticias de profanaciones aún más graves empezaron a inundar los periódicos y redes sociales. Entre ellas destacaba el incendio, por parte de hordas organizadas, de dos históricas iglesias de la ciudad de Santiago de Chile.

Dicir «hordas organizadas» parecía ser contradictorio, pero no es así, porque en los videos difundidos se percibe cómo aquellos individuos actuaban de una manera perfectamente coordinada. Entraron y desbarcaron sacrílegamente —nótese esta palabra, que califica la gravedad

del acto— altares, imágenes, bancos y todo lo que encontraban a su paso.

Declaración de odio total a la Iglesia

Dos aspectos de ese siniestro episodio de furor seudopopular, caracterizado por la destrucción organizada, demuestran su carácter diabólico.

El primero es el grafiti encontrado en un altar: «Muerte al Nazareno». El segundo, el triste momento en el que un elemento de esa horda humana —¿sólo humana?—, subiendo ciertamente por el coro, sale por el rosetón de la iglesia de la Asunción y le da un puntapié a una estatua de la Santísima Virgen María, derrumbándola. Abajo: gritos diabólicos.

Sí, diabólicos. Repito la palabra para aquellos que todavía no se compenetran de que detrás de todo ese odio anticristiano está el propio demonio, moviendo a cuantos se abren a su nefasta influencia. Si aún lo dudan, prestén atención en los vídeos y verán que dentro de la propia manifestación (en la cual, tenemos que aclarar, habría quizá miles de personas que no estarían de acuerdo con todo lo sucedido) aparecían hombres y mujeres vestidos de diablos..., sin que fueran rechazados por los presentes, al menos por los que estaban a la vista.

Las iglesias incendiadas, las imágenes destruidas son un «aviso de lo presente», en el decir de Cervan-

tes. Pero la frase «muerte al Nazareno» es, sobre todo, una «advertencia de lo por venir», una declaración de odio total a la Santa Iglesia Católica y a sus seculares enseñanzas.

Indignación, condena, reparación

Ante tan tristes acontecimientos no podemos dejar de manifestar nuestra más profunda indignación y condena. Faltaría más que no fuera así...

En primer lugar, porque si a la vista de tales profanaciones no adoptamos una actitud de santa indignación, acabaríamos siendo como Poncio Pilato cuando optó por la expresiva acción de «lavarse las manos» ante las hordas organizadas e incitadas por los fariseos mientras gritaban: «¡Crucifícalo!».

La indignación debe ir acompañada de una censura crítica, una reprobación firme, un anatema radical. Pero esta actitud de condena tampoco es

*Indignación, condena, reparación...
Sin esto acabaríamos siendo cómplices, ante Dios y ante los hombres, de pecados tan funestos*

suficiente. Debemos añadir un acto de reparación por los pecados descritos más arriba y por los sacrilegos atentados que continúan siendo cometidos.

Hagamos esta semana alguna oración, algún sacrificio, alguna comunión bien hecha al objeto de consolar al Redentor durante los sufrimientos de su Pasión, que de algún modo se renuevan en nuestros días. Y no dejemos de invitar a los demás católicos a hacer lo mismo.

Indignación, condena, reparación... Sin esto acabaríamos siendo cómplices, ante Dios y ante los hombres, de pecados tan funestos.

Que la Santísima Virgen interceda por nosotros ante Dios, a fin de que obtengamos la fortaleza necesaria para enfrentar el tormentoso momento que nos ha tocado vivir: una época de confusión, persecución y odio religioso, pero, al mismo tiempo, de grandes esperanzas. Por eso debemos pedir también una inquebrantable confianza en la victoria prometida en Fátima, por muy grandes que sean las adversidades: «¡Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará!». ♦

¹ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. c. IX.

² Una nueva pandemia: la intolerancia de los «tolerantes». In: *Revista Heraldos del Evangelio*. Madrid. Año XVIII. N.º 208 (nov, 2020); p. 14.



Arriba, incendio y grafiti en la iglesia de San Francisco de Borja e incendio en la parroquia de la Asunción.
En la página anterior, Pilato se lava las manos - Museo Diocesano, Palma de Mallorca (España)

Inciertas soluciones humanas, eficaces intervenciones divinas

Madre extremosa, Dña. Lucilia se ha volcado con especial desvelo sobre los casos más intrincados e irreversibles. Los ha resuelto con eficiencia, es verdad, pero sobre todo con superabundancia de cariño y afecto.



Elizabeth Fátima Talarico Astorino

Dice Jesús en el Evangelio que «todo el que pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre» (Mt 7, 8). Y aquellos que por eso han recurrido a la benévolamente intercesión de Dña. Lucilia no sólo no hallaron las puertas de la Divina Providencia entornadas, sino abiertas de par en par.

Las peticiones que a ella se dirigen, además de ser atendidas con prontitud, hacen que se derramen torrentes de afecto, auxilio y cariño sobre aquellos que la buscan. Porque esta generosa señora ha atendido las súplicas que a ella le elevan haciendo sentir el inefable afecto que el Sagrado Corazón de Jesús tiene por cada uno de nosotros, tanto más grande cuanto peores fueron los dramas y dificultades.

Novena pidiendo la ayuda de Dña. Lucilia

Jordania Patricia de Azevedo, de Fortaleza (Brasil), nos escribe para contarnos un hecho aparentemente simple, pero que demuestra ser fruto de una enorme gracia.

Se encontraba desde hacía meses con la salud debilitada y estaba rea-

lizando un tratamiento para las recurrentes infecciones que le aparecían después de haber sido operada del intestino. Afligida, comentó su cuadro médico con algunos heraldos precisamente el día en que descubrió que estaba con otro absceso en la pared abdominal izquierda.

«Me sugirieron que le hiciera una novena a Dña. Lucilia para pedirle su ayuda con el propósito de curar esas infecciones; así lo hice. Recé



Jordania de Azevedo con el cuaderno «Peregrinando dentro de una mirada»

en la novena el Oficio de Nuestra Señora y cuando me faltaban dos o tres días para terminarla un conocido me comentó que la oración diaria de Dña. Lucilia era la Corona al Sagrado Corazón de Jesús; entonces me dijo: “Reza, Jordania, esa misma oración en la intención de tu salud, y no pares”.

«Cuando acabé la novena, empecé a rezar diariamente la Corona al Sagrado Corazón de Jesús y desde que comencé me siento “diferente”...».

“¡Me siento tan saludable como antes!”

Impresionada con la rápida recuperación de su salud, Jordania comenta:

**«Para aquellos que la buscan, pueden estar seguros:
¡Dña. Lucilia, con esa dulce y tierna mirada de madre, nos atiende!»**

Fotos: Reproducción

«Antes me sentía enferma y le decía a mi esposo, llorando: "Incluso con todo el tratamiento, drenaje de absceso, medicamentos fortísimos, me siento enferma". No sé explicar cómo, pero no me sentía saludable de ninguna manera. Desde que empecé la novena, se me pasó esa sensación de estar enferma».

Segura de que había sido por intercesión de Dña. Lucilia que sus oraciones habían sido escuchadas, Jordania pudo constatar enseguida el motivo de mejoría que experimentaba al examinar el resultado de una prueba médica:

«¡Todos los valores eran normales! ¡Todos! ¡No constaba ninguna infección, ninguna inflamación, no constaba nada de anormal! Diferente a todos los demás exámenes de sangre que me había hecho. Para mayor gloria de Dios, alabanza de Nuestra Señora, y para que un día Dña. Lucilia sea reconocida como santa, les digo con mucha emoción: ¡Estoy bien, muy bien! Me siento tan saludable como antes...».

Jordania explica además que la resolución de la infección era una condición necesaria para que pudiera dar continuidad al tratamiento quirúrgico intestinal. Por eso, al mismo tiempo que agradecía a Dña. Lucilia la gracia alcanzada a través de su intercesión, le dirigía una nueva súplica:

Dulce y tierna mirada de madre

«Le pedía la gracia de que el cirujano no encontrara nada anormal, porque lo mismo desconfiaba de que hubiera una fistula. Le pedía también que él se sorprendiera de tal forma que él mismo me lo dijera. Y así ocurrió...».

«La operación tuvo lugar el 19 de enero y al día siguiente, haciendo la visita, mi cirujano me dijo: "Su operación ha sido bastante rápida, estoy impresionado. No había nada de lo que yo esperaba encontrar; fue posible hacer todo lo que yo quería".



Novena al Sagrado Corazón de Jesús que Jordania empezó a rezar

«No sé explicar cómo, pero no me sentía saludable de ninguna manera. Desde que empecé la novena, se me pasó esa sensación de estar enferma»

«En ese mismo momento le agradéci enormemente a Dios, a la Virgen y a Dña. Lucilia esa gracia tan grande y el haberme adoptado como hija. Hoy estoy en casa, tan sólo siete días después de una operación de tamaño porte. ¡Lo considero un milagro! ¡Bendito sea Dios!».

Edificada por el ejemplo de madre y esposa que pudo admirar en la vida llena de templanza, fortaleza y docilidad de esa bondadosa señora, Jordania afirma: «Para aquellos que la buscan, pueden estar seguros: ¡Dña. Lucilia, con esa dulce y tierna mirada de madre, nos atiende!».

Repentino accidente cardiovascular

Francisco Estuardo Ruiz Cruz, de Guatemala, nos relata un impresionante hecho sucedido hace algunos años atrás con su padre, Francisco

Fortunato Ruiz de León, hoy fallecido. En la época tenía 79 años.

«El 5 de marzo de 2013 mi padre sufrió una caída al despertarse y quedó tendido en su habitación. Mi madre, Alicia de Ruiz, lo asistió inmediatamente y mi hermana, que vivía con ellos, me llamó por teléfono para informarme de lo ocurrido. Enseguida nos trasladamos hacia allá.

«Cuando llegué, lo encontré sentado, consciente, pero sin poder hablar ni moverse. Tenía una mirada fija como queriendo expresarse, aunque no conseguía hacerlo... Por recomendación de mis hermanos médicos, lo llevamos al hospital de la Seguridad Social.

«Pasaban las horas y, lamentablemente, no le dieron una atención adecuada. Sólo por la tarde se consiguió que le realizaran una radiografía que, según los médicos, era necesaria para descartar alguna fractura craneal.

«Al final de la tarde, al estimar que se trataba de un accidente cardiovascular, hablamos telefónicamente con un médico conocido y le expusimos la situación. Nos recomendó entonces trasladarlo a un hospital privado».

Siguiendo la orientación recibida, Francisco se dirigió con su padre al hospital indicado, donde fue atendido por un neurocirujano que, según nos consta en su relato, es considerado uno de los mejores del país:

«Tras evaluarlo en Urgencias, lo trasladaron a la UCI, donde iniciaron una serie de exámenes. Aproximadamente a medianoche, el doctor nos enseñó, a mí y a mi esposa, la tomografía en la cual se veía un derrame en todo el cerebro y nos informó que era necesaria una operación, la cual sería de alto riesgo, pues su estado de salud era delicado...».

Pusimos el caso en sus manos»

Ante la complicada situación de Fortunato, que había pasado horas sin una intervención médica efectiva

y presentaba un peligroso cuadro clínico, Francisco demostró cierta aflicción, temiendo un agravamiento del estado de salud de su padre.

El médico, no obstante, al ver los medallones de la Virgen de Fátima que él y su esposa llevaban en su ropa como distintivo de cooperadores de los Heraldos del Evangelio, les dijo: «Ustedes siempre están cuidados por Ella, así que no se preocupen».

Ya que las soluciones humanas eran inciertas, incluso habiendo recurrido a la mejor atención médica posible, había llegado la hora de juntar las manos e implorar a los Cielos una intervención divina:

«Nos dirigimos nuevamente a la habitación y pusimos el caso en manos de Dña. Lucilia, pidiéndole un milagro por mi padre que estaba muy mal. Entonces dejamos una fotografía suya debajo de la almohada, del lado donde se encontraba el derrame, y rezamos suplicando claramente su auxilio».

Doña Lucilia no tardó en atendernos

Como verdadera y extremosa madre, Dña. Lucilia no tardó en atender los ruegos de este hijo afligido.

«A la mañana siguiente, aproximadamente sobre las 7 h, recibimos una llamada del doctor diciéndonos: “¡Milagro, milagro, milagro! Acabo de hacer unos estudios para determinar la operación y ya no hay hemorragia, ha desaparecido”».

Impresionados, Francisco y su esposa se dirigieron rápidamente al hospital. Al llegar, «el médico nos mostró los exámenes y nos explicó que el porcentaje que había quedado lo absorbía el propio organismo, con la ayuda de medicamentos. Nos dijo: “No hay operación, no tengo más que



Fotos: Reproducción

Francisco Estuardo Ruiz Cruz con su esposa

«Nos dirigimos a la habitación y pusimos el caso en manos de Dña. Lucilia, pidiéndole un milagro por mi padre que estaba muy mal»

hacer en este caso, por lo que los trasladó con otro médico”».

Alguien nos ayudó desde el Cielo...

Tras la considerable mejoría del estado clínico de su padre, Francisco no dudó de que Dña. Lucilia llevaría este caso hasta el final:

«Diez días después salió del hospital y fue a realizar su recuperación en nuestra casa. En su alimentación, realizada las primeras semanas por medio de sonda, eran incluidos pétalos de rosas de la tumba de Dña. Lucilia.

«A los cuarenta días tocaba una cita con el doctor, que se quedó impresionado al verlo llegar caminando con ayuda de un andador. Al cumplirse los tres meses del accidente, durante una comida, mi padre agradeció todos los cuidados y dijo que era hora de regresar a su casa».

Lleno de contentamiento por el favor concedido, Francisco concluye su testimonio diciendo:

«Nuestra mayor recompensa fue oírle conversar nuevamente y verle caminar al salir de casa, pues era una de las peticiones concretas que habíamos implorado al Cielo por intermedio de Dña. Lucilia. Sabíamos que alguien desde el Cielo nos había ayudado a aumentar nuestra fe, y era quien había cuidado de él a cada momento desde el accidente».

«La operación fue simplemente un éxito»

Renata Patricia Baía de Souza Cruz, de Belém (Brasil), también nos escribe para narrarnos una gracia alcanzada por intercesión de Dña. Lucilia durante el difícil período de la enfermedad de su esposo.

«El 8 de abril de 2019 a mi marido le diagnosticaron un adenoma de hipofisis que medía en torno a 4 centímetros. El tumor (benigno) había provocado una lesión en el nervio óptico, irreversible, y la cirugía, obligatoria en este caso, sería para salvarle la vida, ya que el tumor continuaría creciendo hasta el punto de oprimir el cerebro y causarle la muerte. La operación no era curativa para la ceguera en sí, pues la lesión ya tenía tres años.

«En junio de 2019, con ocasión del Primer Sábado, estuvieron con nosotros dos sacerdotes heraldos que se dispusieron a atender a mi marido en confesión y administrarle la sagrada Eucaristía. En esta visita, uno de ellos hizo el pedido a Dña. Lucilia de un milagro para el caso de mi marido. Rezamos e hicimos la petición juntos».

Y, según nos narra Renata, el resultado de esas oraciones no se hizo esperar: «La operación fue simplemente un éxito».

Misteriosa presencia junto al lecho

Renata nos cuenta también un hecho que ocurrió durante el período de dieciséis días de internamiento de su esposo, a través del cual tuvo la plena certeza de que Dña. Lucilia lo estaba realmente protegiendo con especiales cuidados:

«Yo lo estaba acompañando y, de repente, me pidió que le limpiara los ojos y me preguntó quién estaba soplando sobre ellos. Quería que esa persona dejara de soplar y de echarle como papelitos picados... Le dije que no había nadie más en la habitación; que sólo estábamos los dos. Pero él insistía afirmando que había alguien soplando en los ojos y muy de cerca. Creía que era alguien de baja estatura por la proximidad con que sentía el soplo».

¿Habrá sido alguna «alucinación»? ¿O realmente había alguien más presente en aquella habitación? Según Renata, la respuesta para la segunda pregunta es sí: Dña. Lucilia se encontraba presente junto al lecho de su esposo, acompañándolo



Foto: Reproducción
El esposo de Renata de Souza Cruz en el hospital

*«Él insistía
afirmando que había
alguien soplando en
los ojos y muy
de cerca. Creía
que era alguien de
baja estatura»*

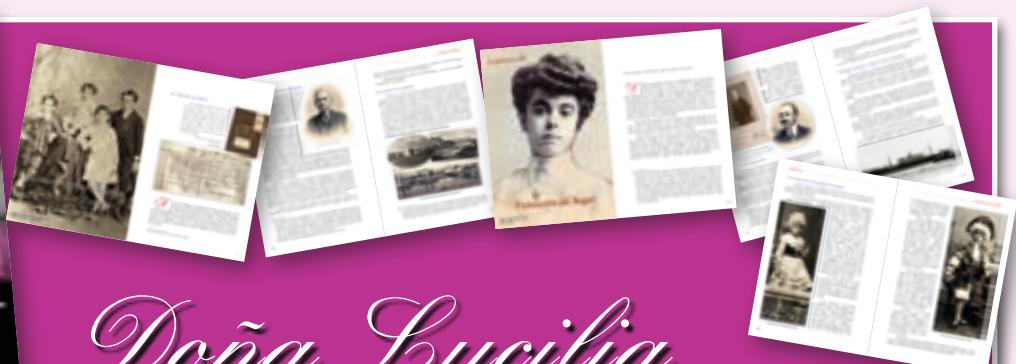
con especial desvelo en su recuperación, que vino a superar todas las expectativas:

«Para nuestra sorpresa, su vista fue mejorando cada día más y después de veinte días de internamiento le dieron el alta. Al llegar a casa, bajó del coche en el aparcamiento solo y me dijo que no me preocupara. Estaba viendo y conseguiría llegar hasta el ascensor sin ayuda. Yo me quedé realmente perpleja en ese momento, pero exultante de alegría por ser testigo de un gran milagro, pues contrariaba todas las previsiones médicas sobre la lesión ocular irreversible».

«Me dijo además que estaba viendo mejor con el ojo derecho, en el que había recibido más soplo, pero el ojo izquierdo ya lo tenía abierto hasta la mitad y actualmente siente que se ha abierto un poco más todavía, lo que nos deja muy felices».

* * *

He aquí nuevos relatos de gracias que nos llevan a constatar, una vez más, cómo Dña. Lucilia se ha volcado con desvelo materno sobre los casos más intrincados e irreversibles. Con eficiencia, es verdad, pero sobre todo con superabundancia de cariño y afecto. ♦



Doña Lucilia

Biografía de Lucilia Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira,
escrita por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, y editada por la Libreria Editrice Vaticana.

Solicite su ejemplar en: www.salvadmereina.org / en el teléfono 902 19 90 44
o a través de correo@salvadmereina.org



Fotos: Sebastián Cadavid



El Salvador – Doscientas personas de forma presencial y seiscientas más vía internet participaron en la ceremonia de consagración a la Santísima Virgen realizada en la parroquia de Santa Elena, del municipio Antiguo Cuscatlán. Fieles de Estados Unidos, México, Paquistán, Francia, Alemania y otros países se unieron al acto, presidido por el P. Gonzalo Raymundo Esteban, EP.

Fotos: Alain Patrick



Italia – El 31 de enero, treinta personas se consagraron a Jesús por las manos de María según el método de San Luis Grignion en la iglesia de San Benedetto in Piscinula, Roma. La preparación para el solemne acto de entrega de sí mismo estuvo orientada por el P. Ignacio Almeida, EP.

Fotos: Cézar Galazza



República Dominicana – La solemnidad de la Inmaculada Concepción fue conmemorada con gran alegría y pompa por los Heraldos del Evangelio de Santo Domingo. Más de ciento cincuenta personas participaron en la Misa que, debido a la pandemia, fue celebrada en el pabellón deportivo del Colegio Nuestra Señora de la Altagracia.

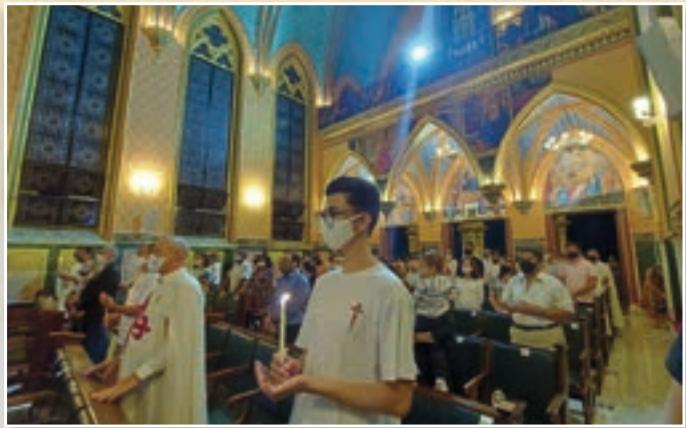


Foto: José Ribeiro

Brasil – El Oratorio de Nuestra Señora de Fátima, anexo a la casa de los Heraldos del Evangelio de Nova Friburgo, acogió el 31 de enero la celebración del rito de la Confirmación. El obispo diocesano, Mons. Luis Antonio Lopes Ricci, presidió la Santa Misa, durante la cual quince personas recibieron de sus manos dicho sacramento.



Fotos: Agostino Mapanga

Mozambique – Los hogares de la región de Matola, ciudad de la periferia de Maputo, donde se encuentra la casa de los Heraldos del Evangelio, son visitados a menudo por el P. Santiago Canals, EP, y otros misioneros de la asociación. En esas ocasiones se bendice la residencia y se distribuyen medallas de la Santísima Virgen.



Fotos: Aida de Mérida

Guatemala – El 15 de diciembre, el P. Javier Pérez Beltrán, EP, bendijo solemnemente la imagen de Nuestra Señora de Fátima que está colocada en el exterior del Hospital Roosevelt, para que ampare y proteja a todos los que pasan por allí. La ceremonia tuvo lugar en el 65.^o aniversario de la fundación de este Centro Asistencial.



Perú – El 8 de febrero, cooperadores de los Heraldos del Evangelio de Piura invitaron a un sacerdote de la parroquia de San Francisco de Querocotillo para que los acompañara en la visita al Hospital de Contingencia COVID-19, de Sullana, llevando al Santísimo Sacramento. Horas después, más de 40 enfermos recibieron el alta médica.



Ecuador – El Miércoles de Ceniza, el P. Marlon Jiménez Calderón, EP, impuso la ceniza a los fieles en la Misa celebrada en la casa de los Heraldos, de Cuenca. La ceremonia contó con una limitada presencia de personas, a causa de las normas sanitarias en vigor en el país.



Brasil – Los participantes del Apostolado del Oratorio «María, Reina de los Corazones» de la región de Suzano se reunieron en la parroquia del Buen Pastor para celebrar con alegría y solemnidad la fiesta de la Cátedra de San Pedro y el 20.º aniversario de la aprobación pontificia de los Heraldos.



Portugal – Con el objetivo de proporcionar momentos de oración y meditación, los Heraldos están retransmitiendo diariamente Misas, Adoraciones al Santísimo Sacramento y otros actos desarrollados en sus casas de Portugal. También realizan catequesis y cursos por internet sobre las apariciones de Fátima y otros temas diversos.

España: retiros y actividades evangelizadoras



1



2



3



4



5

El santuario de Covadonga fue el sitio elegido por los cooperadores de los Heraldos de Asturias para llevar a cabo su retiro anual, que concluyó a los pies de la «Santina», en la histórica cueva de don Pelayo (foto 1). Por su parte, los cooperadores de Valencia, con la ayuda de las hermanas de Madrid, habían preparado a un grupo de fieles de la parroquia de San Ramón Nonato, de Paiporta, para su solemne consagración a María Santís-

ma (foto 2). Y el sábado posterior al Miércoles de Ceniza hicieron un día de recogimiento y ejercicios espirituales (foto 3). También con ocasión de la Cuaresma tuvo lugar en la casa de los Heraldos de Camarenilla una jornada de retiro para cooperadores, basado en las enseñanzas de San Ignacio de Loyola. No faltaron sacerdotes para confesar (foto 4) ni momentos reservados para la adoración (foto 5).



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Crece la persecución a los cristianos a lo largo de 2020

El informe anual de la ONG Open Doors afirma que más de 340 millones de cristianos en el mundo sufren persecución a causa de su religión, en un nivel elevado, muy elevado o extremo. Esto equivale a decir que una de cada ocho personas que profesan la fe cristiana se encuentra en esa terrible situación.

La organización afirma que esa vulnerabilidad se agravó con motivo de la pandemia de COVID-19, la cual ha servido de pretexto para coartar la libertad religiosa. Para la elaboración del listado, el término «persecución» incluye tanto la «dimensión visible» —violencia física— como la menos visible, que afecta a diversos ámbitos de la vida, como la privacidad, la familia, las relaciones sociales y la frecuencia a la iglesia.

gaudiumpress.org



Una hostia consagrada permanece intacta tras una explosión

En medio de los escombros del edificio anexo a la parroquia de la Virgen de la Paloma, de Madrid, parcialmente destruido tras una explosión ocurrida en enero de este año, fue encontrada una hostia consagrada que permaneció incólume.

La explosión, causada por una fuga de gas, destruyó cuatro plantas del edificio parroquial donde residían el párroco y otros sacerdotes y provocó enseguida un intenso incendio. Uno de los lugares más per-

judicados fue la capilla privada localizada en el sexto piso, de donde fue recuperado posteriormente un sagrario destrozado que contenía la Sagrada Forma, encerrada en el viril y que no sufrió daño alguno.

Actualmente, la hostia se encuentra en la catedral de Santa María la Real de la Almudena. El párroco de Virgen de la Paloma, Rubén Pérez Ayala, y tres personas más fallecieron a causa de la explosión. Otro sacerdote que se encontraba en ese momento en el interior del edificio salió ileso.

Cien años de la consagración de Polonia al Sagrado Corazón de Jesús

Especiales ceremonias tendrán lugar este año para conmemorar el centenario de la consagración de Polonia al Sagrado Corazón de Jesús. El acto se llevó a cabo el 27 de julio de 1920, cuando la Iglesia suplicó el auxilio divino ante el avance ruso en tierras polacas. A pesar de la inferioridad numérica, al mes siguiente el ejército polaco logró derrotar a las fuerzas invasoras.

El pasado 10 de enero se iniciaron las celebraciones oficiales, las cuales culminarán con la solemnidad litúrgica del Sagrado Corazón de Jesús, el 11 de junio, ocasión en la que el presidente de la Conferencia Episcopal Polaca y arzobispo de Poznan,

Alcaldesa española retira la cruz de su ciudad

Católicos de la ciudad española de Aguilar de la Frontera, provincia de Córdoba, se escandalizaron con la decisión de la alcaldesa comunista Carmen Flores de sacar de su sitio la cruz que se encontraba desde 1938 junto al convento de San José y San Roque, de las Carmelitas Descalzas. Según las autoridades, la medida fue tomada porque el símbolo religioso aludía al régimen franquista. El destino de la cruz fue un verte-

dero de la ciudad, hecho que generó protestas en las redes sociales.

La Asociación Española de Abogados Cristianos presentó ante el Juzgado de Instrucción de Córdoba una querella contra la alcaldesa por un delito de prevaricación administrativa con el agravante de discriminación y daños contra el patrimonio. La entidad sustenta, además, que el procedimiento utilizado por Carmen Flores fue ilegal.



La cruz del convento de San José y San Roque en el vertedero

Imagen de la Santísima Virgen resiste a la caída de un árbol

El día 27 de enero un fuerte temporal ocurrido en Ribeirão Preto, Brasil, que causó diversos daños en la ciudad, hizo que un árbol cayera sobre un oratorio de Nuestra Señora de las Gracias, erigido en una de las plazas del municipio. La imagen de la Virgen, no obstante, permaneció intacta.

Las fotografías muestran cómo el oratorio quedó alojado entre dos grandes ramas del tronco, cuya distancia entre ellas era tan sólo de unos centímetros.

Una de las responsables por el mantenimiento del lugar, impresionada por el hecho, comentó: «No se rompió ninguna farola del entorno de la Virgen, ninguna. Y eso que todo es de vidrio. Ni siquiera los jarrones. Es como si las ramas hubieran esquivado la imagen».

El oratorio, construido hace dieciséis años, atrae a diversos fieles que buscan homenajear a Nuestra Señora y agradecerle las gracias recibidas.

Fotos: Reproducción



Mons. Stanisław Gądecki, renovará el acto de consagración del país.

Encontrada una antigua inscripción en alabanza a María Inmaculada

Una piedra de 25 centímetros de diámetro con una inscripción en honor de la Madre de Dios ha sido hallada en el desierto de Néguev, próxi-

mo a la frontera entre Israel y Egipto. Forma parte de la lápida funeraria de una mujer que vivió allí hace 1400 años. Las palabras, escritas en griego antiguo, que hacen referencia a la Virgen son: «Bendita María, que vivió una vida inmaculada».

Según la Autoridad de Antigüedades de Israel, el Parque Nacional

de Nitzana, donde fue encontrada la mencionada lápida, tiene una enorme relevancia en la investigación histórica de la región. En los siglos V y VI había en aquel sitio una fortaleza militar, iglesias y un monasterio. También formaba parte del trayecto que utilizaban los peregrinos cristianos que se dirigían al monte Sinaí.

GAUDIUM PRESS
Un instrumento para la Nueva Evangelización

• Español • Inglés • Portugués • Italiano

gaudiumpress.org

• Noticias • Opinión • Videos • Fotos

Hechos relevantes de la Iglesia católica y temas afines

Regístrese
gratuitamente en
es.gaudiumpress.org

- 30 días con el Papa
- Mundo
- América Latina
- Roma
- Espiritualidad

Dos formas de lucha

El P. Felipe se dirigió al lecho del moribundo para darle los últimos sacramentos. Cuál no fue su sorpresa al ver, en las manos del agonizante, aquella misma cruz.



Jeniffer de Jesús Exposto Santana

En una apacible aldea vivían dos jóvenes amigos, Rodrigo y Felipe. Todos los domingos iban a Misa a la iglesia de Nuestra Señora, Madre de Misericordia, donde recibían clases de catecismo con el P. Adalberto.

Las palabras y buenos ejemplos de este sacerdote, ya anciano, eran seguidos y admirados por los habitantes del lugar. Era un verdadero padre que sabía tratar a cada uno con la bondad y delicadeza necesarias.

Cada semana les contaba a los niños de la catequesis un nuevo episodio de la Sagrada Escritura: el sacrificio de Isaac, las epopeyas de Judas Macabeo, el combate de David contra Goliat, Gedeón derrotando a los madianitas... Se quedaban encantados al ver cómo esos personajes habían conseguido tamañas victorias, cuya poderosa arma era únicamente la confianza en Dios.

Al final de la narración de aquel día, Felipe le preguntó:

—Padre, ¿qué debemos hacer para tener un cora-

zón tan lleno de fuerza como el de las personas que la Biblia nos pone de ejemplo?

—La vida del hombre sobre la tierra es una constante lucha. A esos héroes les tocó combatir en medio del

campo de batalla, pero todos nosotros tenemos que vencernos a nosotros mismos... Como hemos sido concebidos en el pecado original, cada cual tiene dentro de sí un enemigo invisible que le invita a hacer el mal. Luchar contra él requiere más fe, fuerza y confianza que el combatir, espada en mano, contra un poderoso adversario.

Los niños se quedaron en silencio unos instantes. La enseñanza del viejo sacerdote penetraba a fondo en sus corazones, sobre todo en los de Rodrigo y Felipe.

Después de la clase todos regresaban a casa, pero, en esa ocasión, los dos amigos permanecieron dentro de la iglesia, pensativos. Entonces Felipe rompió el silencio:

—Rodrigo, ¿te has fijado lo hermosas que son las historias de la catequesis? Me entusiasmo nada más de pensar en las batallas por las que pasaron aquellos hombres. ¿Tú también tienes ese deseo de luchar?

—¡Sí, Felipe! Mientras el P. Adalberto narraba las hazañas de Judas Macabeo y



«Amigo mío, lleva contigo esta cruz; estaré rezando por ti»

sus compañeros yo sentía en mi alma el llamamiento de Dios a realizar proezas similares.

Entonces los dos decidieron arrodiarse ante una imagen de la Virgen que había allí y pedirle la gracia de saber luchar en cualquier campo de batalla con la fuerza de aquellos héroes.

Los años fueron pasando y ambos continuaban rezando juntos en esa intención. Cuanto más se lo suplicaban a María Santísima, más ese anhelo les abrasaba sus corazones.

Cierto día, unos emisarios procedentes de la capital aparecieron en el pueblo con el fin de convocar a los mayores de 15 años para que fueran a salvaguardar el reino: una de las regiones fronterizas más importantes había sido invadida y iera necesario defenderla! Los dos jóvenes exultaron con la noticia, pero... Felipe tenía solamente 13 años y el bando dejaba bien claro el límite de edad de los que podían alistarse.

Toda la población se puso manos a la obra para preparar las armas, el equipaje, los arreos de los caballos. Tan sólo quedaban veinte días para la salida.

Llegado el día señalado todos se reunieron en la iglesia para confesar y comulgar. Se notaba en Felipe una leve tristeza al no poder acompañar a Rodrigo y los demás convocados. Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas al ver a quien tanto amaba marchar hacia el combate.

Cuando el grupo estaba a punto de partir, Felipe salió de entre la multitud y, en voz alta, le dijo a Rodrigo:

—Amigo mío, lleva contigo esta cruz para que nunca te olvides de que estaré rezando por ti.

Tras entregarle a su compañero tan preciado objeto, los dos se abrazaron y luego Rodrigo emprendió el camino.

Después de unas semanas de difíciles jornadas, Rodrigo y sus compañeros pudieron avistar el campo de batalla. Indescriptible fue la alegría sentida por sus nobles cora-

nes. Sin embargo, poco tiempo tuvieron para disfrutarla, porque el ejército enemigo estaba apostado demasiado cerca. Además, el choque, que se presentaba inminente, se produciría contra un número de soldados desproporcionalmente más grande.

Lucharon durante todo el día hasta que, cuando el sol ya iba poniéndose en el horizonte, isalieron vencedores! Pero la batalla no había terminado. El adversario se había retirado a poca distancia de la frontera, esperando el momento oportuno para volver a atacar. Sería necesario permanecer allí bastante tiempo, a decir mejor, muchos años, para defender el territorio que acababan de recuperar.

Mientras tanto, en la aldea vivían en un clima de expectativa. La población estaba ávida por saber cómo se encontraban sus coterráneos, pero las noticias no llegaban...

—¿Habrá muerto? ¿Ganaron la guerra? —se preguntaban, aunque con serenidad y confianza depositaban sus aprensiones bajo la protección de María.

Pasaron los años y Felipe fue creciendo, hasta que decidió seguir el camino del sacerdocio. Se convirtió en un sacerdote tan celoso que el obispo decidió encargarlo de evangelizar las regiones más distantes.

Cierto día tuvo que emprender un viaje más largo de lo habitual. Exhausto por las numerosas jornadas de caminata que llevaba, se encontró con una fortaleza y decidió pedir abrigo allí. Tan pronto como el centinela le abrió la puerta y percibió que



Sin reparar en su propio cansancio, el P. Felipe se dirigió inmediatamente al lecho del moribundo

estaba ante un ministro del Señor le hizo que pasara aprisa, pues justamente en ese momento un soldado acababa de entrar en agonía.

Sin reparar en su propio cansancio, el P. Felipe se dirigió inmediatamente al lecho del moribundo para darle los últimos sacramentos. Cuál no fue su sorpresa al ver en las manos del agonizante la misma cruz que años atrás le había dado a su mejor amigo: iera Rodrigo!

Había resultado gravemente herido en una pelea y allí estaba, presto a entregar su espíritu a Dios. Ninguno de los dos podría creer en ese reencuentro habiendo pasado ya tantos años. Las lágrimas caían de la emoción.

Juntos recordaron la enseñanza del viejo P. Adalberto: «la vida del hombre sobre la tierra es una constante lucha». No obstante, Dios hace que cada uno combata en un campo de batalla diferente: unos serán llamados a derramar su propia sangre en defensa del bien, otros a trabajar y sacrificarse para hacer lucir en las almas la sangre del Redentor. Pero tanto este como aquel combate dan gloria a Nuestro Señor. ♦

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Beata Juana María Bonomo, abadesa (†1670). Muy favorecida por visiones místicas, recibió durante un éxtasis los estigmas de la Pasión de Cristo. Fue priora del monasterio benedictino de Bassano, Italia.

2. Beato Carlos el Bueno, mártir (†1127). Príncipe de Dinamarca y conde de Flandes, hijo del rey San Canuto IV. Fue asesinado delante del altar por hombres de armas a los cuales trataba de pacificar.

3. Santos Marino, soldado, y Astorio, senador, mártires (†c. 260). Ciudadanos romanos asesinados en Cesarea de Palestina, durante la persecución del emperador Galieno, por profesar la fe cristiana.

4. San Casimiro, rey (†1484 Grodno - Bielorrusia).

Beato Humberto de Saboya, monje (†1188). Habiendo sido coaccionado a abandonar el claustro para ocuparse de asuntos políticos, enseguida volvió a la vida monástica con mayor empeño.

5. San Virgilio de Arlés, obispo (†c. 618). Hospedó en su diócesis a San Agustín de Canterbury y a los monjes enviados por San Gregorio Magno para evangelizar Inglaterra.

6. Beata Rosa de Viterbo, virgen (†1253). Religiosa de la Tercera Orden de San Francisco, que consumó precozmente en Viterbo, Italia, el breve curso de su vida a los dieciocho años.

7. III Domingo de Cuaresma. **Santas Perpetua y Felicidad**, mártires (†203 Cartago - Túnez).



Reproducción
Agustín Gómez

**Beata María Karłowska,
fotografiada en torno a 1930**

Santa Teresa Margarita Redi, virgen (†1770). Religiosa de la Orden de Carmelitas Descalzas de Florencia, Italia. Murió a los 23 años tras una vida de intensa devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

8. San Juan de Dios, religioso (†1550 Granada - España).

San Provino, obispo (†c. 420). Discípulo de San Ambrosio, ocupó la sede episcopal de Como, en la antigua Liguria. Ejerció su ministerio con gran sabiduría y santidad.

9. Santa Francisca Romana, religiosa (†1440 Roma).

Santos Pedro Ch'oe Hyong y Juan Bautista Chon Chang-un, mártires (†1866). Padres de familia coreanos que colaboraban en la catequesis y publicaban libros cristianos, siendo por eso torturados y decapitados.

10. Santa María Eugenia de Jesús Milleret, virgen (†1898). A los 22 años fundó, en París, la Congregación de las Hermanas de la Asunción.

11. San Vicente de León, abad y mártir (†630). Prior del monasterio benedictino de San Claudio, España. Convocado por el rey de los suevos (arianos entonces), manifestó su fidelidad a la doctrina del Concilio de Nicea, por lo cual fue torturado y ejecutado.

12. San Pablo Aureliano, obispo (†s. VI). Primer obispo de Saint-Pol-de-Léon, en la actual Francia.

13. San Eldrado, abad (†c. 840). Oriundo de una familia de la aristocracia franca, se hizo monje benedictino en Novalesa, Italia. Reformó el salterio y promovió la construcción de nuevas iglesias.

14. IV Domingo de Cuaresma (conocido como *Domingo Laetare*).

Santa Paulina de Fulda, religiosa (†1107). Tras enviudar por segunda vez decidió abrazar la vida religiosa y fundó en Turingia, Alemania, el monasterio de Paulinzelle.

15. San Zacarías, Papa (†752). Gobernó la Iglesia con sabiduría y prudencia, frenó la invasión de los lombardos, indicó el justo gobierno a los franceses, dotó de iglesias a los germanos y procuró la unión con la Iglesia oriental.

16. Santa Eusebia, abadesa (†c. 680). Superiora de Hamay-sur-la-Scarpe, Francia, que tras la muerte de su padre se retiró con su madre, Santa Rictrudis, a la vida monástica.

17. San Patricio, obispo (†461 Down - Irlanda).

Beata María Bárbara de la Santísima Trinidad, virgen (†1873). Nacida en Viena, fundó en Río de Janeiro la Congregación del Inmaculado Corazón de María.

18. San Cirilo de Jerusalén, obispo y doctor de la Iglesia (†c. 387 Jerusalén).

San Braulio, obispo (†651). Discípulo y amigo de San Isidoro de Sevilla, nombrado obispo de Zaragoza, España. Colaboró con su maestro en la restauración de la disciplina eclesiástica en toda Hispania.

19. Solemnidad de San José, esposo de la Virgen María y patrón de la Iglesia.

Beata Sibilina Biscossi, virgen (†1367). Ciega a los 12 años, se hizo terciaria dominica a los 15 y transcurrió sesenta y cinco años recluida en una pequeña celda junto a la iglesia de la Orden de Predicadores, de Pavía, Italia.

20. San José Bilczewski, obispo (†1923). Ejerció una amplia actividad pastoral en la diócesis de Lviv, Ucrania, y se dedicó con ardiente caridad a la edificación de las costumbres y a la formación doctrinal del clero y del pueblo.

21. V Domingo de Cuaresma.

San Nicolás de Flüe, anacoreta (†1487). Casado y con diez hijos, renunció a importantes cargos, abandonó el mundo a los 50 años y se hizo ermitaño. Es el patrón de Suiza.

22. Beato Francisco Chartier, presbítero y mártir (†1794). Decapitado durante la Revolución fran-



San Juan de Dios socorre a un mendigo - Casa de los Pisa, Granada (España)

cesa por ejercer su ministerio sacerdotal.

23. Santo Toribio de Mogrovejo, obispo (†1606 Saña - Perú).

San Gualterio, abad (†1095). Primer superior del monasterio de Pontoise, Francia. Combatió las costumbres simoniacas difundidas entre el clero.

24. Beata María Karlowska, virgen (†1935). Fundadora de la Congregación de las hermanas del Divino Pastor de la Divina Providencia, de Polonia.

25. Solemnidad de la Anunciación del Señor.

Beato Jacobo Bird, mártir (†1592). A los 15 años abrazó la fe católica y practicó la religión en secreto. A los 19 fue condenado y asesinado en Winchester, Inglaterra, por haber rechazado participar en una liturgia herética.

26. San Liudgero de Münster, obispo (†809). Fundó varios monas-

terios que se convirtieron en centros de propagación de la fe. Predicó el Evangelio en Frisia, Dinamarca y Sajonia.

27. Beato Peregrino de Falerno, presbítero (†1232). Fue uno de los primeros discípulos de San Francisco de Asís. Peregrinó a Tierra Santa esperando recibir el martirio, pero no vio cumplidos sus anhelos, pues suscitó admiración incluso en los propios sarracenos.

28. Domingo de Ramos en la Pasión del Señor.

Beata Juana María de Maillé, viuda (†1414). Tras la muerte de su marido en la guerra, quedó reducida a la miseria y, expulsada de su propia casa, vivió recluida en una celda junto al convento de los Franciscanos, de Tours, Francia.

29. San Marcos de Aretusa, obispo (†364). Obispo de Aretusa, actual Al-Rastan, Siria, que durante la controversia arriana nunca se desvió de la verdadera fe y sufrió una violenta persecución en tiempo del emperador Juliano el Apóstata.

30. San Ludovico de Casoria, presbítero (†1885). Sacerdote de la Orden de los Frailes Menores, fundador de los Hermanos de la Caridad y de la Congregación de las Religiosas Franciscanas de Santa Isabel.

31. Santa Balbina, virgen y mártir (†c. 130). De origen noble, recibió numerosas propuestas de matrimonio, pero se mantuvo fiel al voto de virginidad. Fue presa junto a su padre, por orden del emperador Adriano, y decapitada después de largas torturas.



Una cadena áurea entre el Cielo y la tierra

En la guerra mística y metafísica librada entre la Mujer y la serpiente, algunos de los más certeros cañonazos se dan en la tierra, en los actos realizados con solemnidad, compenetración y ceremonial.

Víctor Kosciuretsko Horst



La campana anuncia que ha llegado el momento de la bendición del Santísimo Sacramento. Los religiosos, silenciosamente, se van colocando en los bancos de la capilla prestos a recibir las gracias propias a este acto litúrgico.

Después de haber cantado el *Pange lingua*, el oficiante traza en el aire, tres veces, una amplia señal de la cruz con la custodia, envuelta en incienso. Algunas oraciones más y el Santísimo Sacramento es repuesto en el sagrario. Un canto en alabanza a la Reina del Cielo encierra la ceremonia.

Sin embargo, los religiosos aún no se han marchado de la capilla. Se les entrega solemnemente unas cartelas que contienen uno de los siete salmos penitenciales. Una vez que las reciben hacen una genuflexión, de dos en dos, y salen del recinto en filas alineadas cantando con energía.

A cierta altura, cesan las voces. Durante unos instantes sólo se oye el paso decidido del conjunto que avanza. Luego, uno de los religiosos inicia el rezo del milenario salmo de David y, de manera concomitante, todos levantan las cartelas sagradas para

suplicar, en *rectus tonus*, el perdón de Dios.

¿Hacia dónde se dirige tan majestuoso cortejo? Se desplaza de la capilla al refectorio adonde, después de haber sido alimentada el alma, lo será el cuerpo. Es algo que todo ser humano ha de hacer cotidianamente... Los integrantes de ese conjunto, no obstante, marcan esa necesidad terrena con una disposición de ánimo sobrenatural. Procuran que las comidas, como los demás actos del día a día, se revistan de ceremonial.

El ceremonial es consuelo para las almas penitentes, alegría para los escudrones celestiales, arrobo de los bienaventurados. Es el cántico de la Iglesia Católica, bálsamo de sus heridas, eco de su pasado y aclamación para su mañana. Es la voz del Espíritu Santo, gemido inefable que clama, cántico de la amada. Es el grito del Dios de las victorias y ornamento de la armada divina.

Quien lleva una vida marcada por el ceremonial se vuelve hermano de los seres angélicos, pues afirma con su actitud la superioridad del espíritu sobre la materia, al paso que procla-

ma que el rumbo de la Historia está marcado por lo que sucede en lo más alto del firmamento celestial.

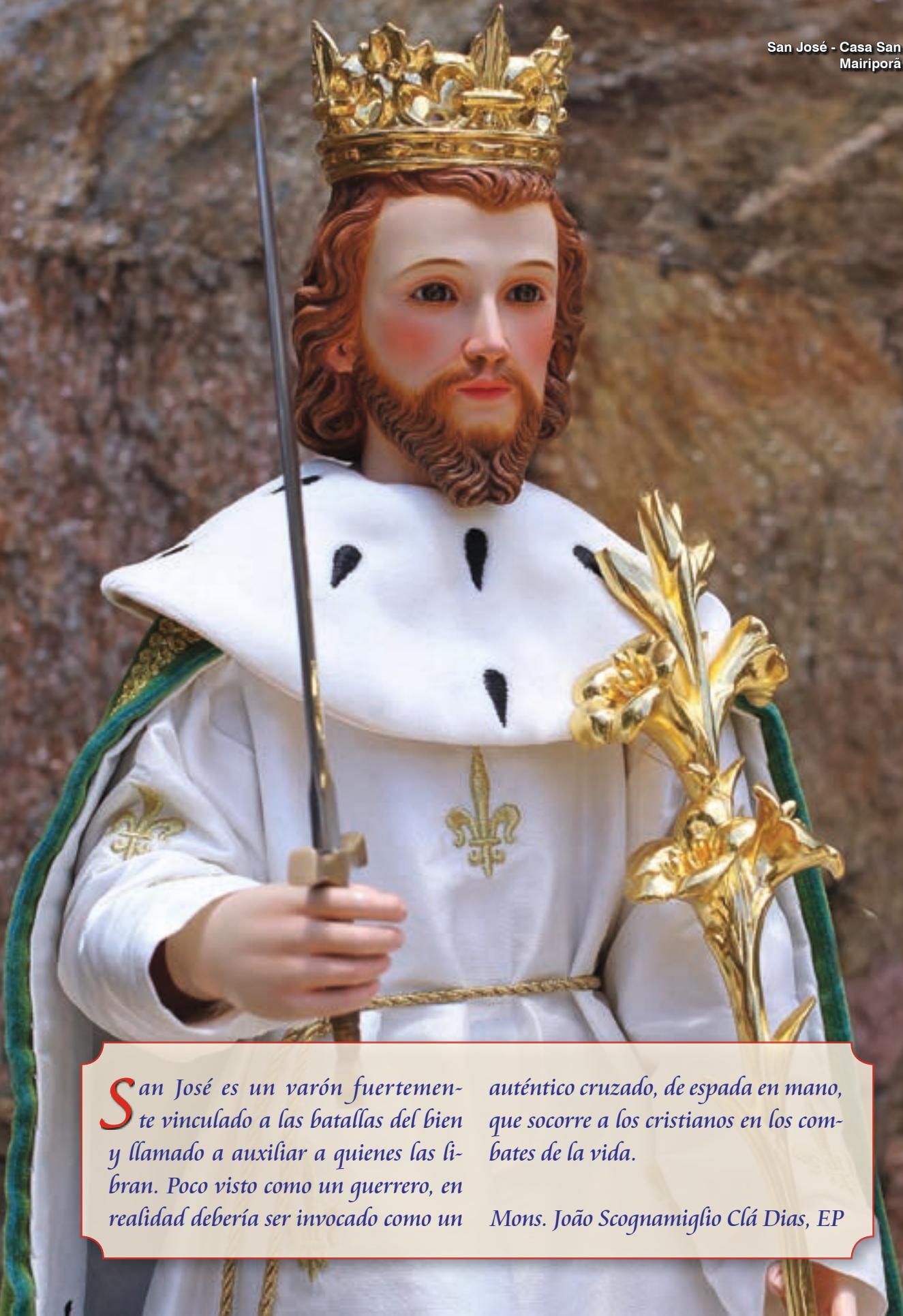
Se puede afirmar, en efecto, que hay una cadena áurea que une la tierra al Cielo cuyos eslabones son la vida marcada por el ceremonial. En cada gesto litúrgico realizado con compenetración, en los pasos cadenciosos de un cortejo, cada movimiento sincronizado obedeciendo a la voz de mando, en la postura piadosa y recogida durante las comidas o en la oración, el buen Dios revigora su alianza con los hombres.

Con el esplendor de sus ritos y ceremonias, la Iglesia se reviste de la gloria de la cual muchos quieren despojarla y apresura el día de la intervención del Altísimo. A Él clama a través de la divina ventana que el Cielo abre para contemplar a los hijos de la Virgen avanzando en filas cerradas contra la obra de Satanás. Pues en la guerra mística y metafísica librada entre la Mujer y la serpiente, algunos de los más certeros cañonazos se dan en la tierra, en los actos realizados con solemnidad, compenetración y ceremonial. ♦



Fotos: Amish Coelho

Arriba, aspectos del ceremonial que precede a la cena en la Casa Lumen Prophetæ: inicio de la bendición eucarística, cortejo por el patio principal, entrada al refectorio, canto con las cartelas y comienzo de la comida. En la página anterior, detalle de «La Coronación de la Virgen», por Fra Angélico - Galería Uffizi, Florencia (Italia)



San José es un varón fuertemente vinculado a las batallas del bien y llamado a auxiliar a quienes las libran. Poco visto como un guerrero, en realidad debería ser invocado como un

auténtico cruzado, de espada en mano, que socorre a los cristianos en los combates de la vida.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP